EL TEATRO,
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL HAZ DE LEÑA,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
OFICINA, PEZ, 40, 2.º
1872.

EL HAZ DE LEÑA.

EL HAZ DE LEÑA,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Representado por primera vez en el Teatro del Circo, el dia 14 de Noviembre de 1872.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
CATALINA	D.ª MATILDE DIEZ.
MÓNICA	D.ª EMILIA DANSAN.
DON CÁRLOS DE AUSTRIA	D. MANUEL CATALINA.
ALONSO CISNEROS	D. PEDRO DELGADO.
FELIPE II	D. FRANCISCO OLTRA.
CONDE DE LERMA	D. MANUEL CALVO.
DON RODRIGO DE MENDOZA	D. JULIAN ROMEA.
EL CARDENAL ESPINOSA	D. PEDRO CABALLERO.
PRÍNCIPE DE ÉBOLI	D. CIPRIANO MARTINEZ.
BARON DE MONTIGNI	D. MANUEL PASTRANA.
CONDE DE BERGHEN	D. MIGUEL IBAÑEZ.
UN UJIER	D. JULIAN CASTRO.

Duque de Féria, el prior D. Antonio de Toledo, D. Diego de Acuña, Santoro, Bernate, caballeros de la córte y monteros de Espinosa.

1568.

EXCMO. SEÑOR

D. PRÁXEDES MATEO SAGASTA.

Mi respetable amigo: En estos momentos en que la ingratitud y la calumnia intentan clavar en V. su diente envenenado, yo que nunca he figurado en el número de los aduladores, y que estoy siempre dispuesto á ser cortesano de la desgracia, sobre todo cuando es inmerecida, siento en mí la imperiosa necesidad de manifestar á V. públicamente la profunda consideracion y cariñoso aprecio que me inspira.

Dedico á V. este pobre parto de mi ingenio, y le ruego que le acepte, no por su valor que es escaso, sino como testimonio de la alta estimacion en que le tiene, y de la sincera amistad que le profesa su afectísimo amigo,

S. S. Q. B. S. M.

Gaspar Nuñez de Arce.

14 de Noviembre de 1872.

ACTO PRIMERO.

Cámara del rey Don Felipe II amueblada segun el gusto de la época. Puerta en el fondo, y á sus lados los retratos del Emperador Cárlos V y de la Emperatriz Doña Isabel. Dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE II, sentado junto á un bufete despachando. El CARDENAL ESPINOSA de pie.

CARD. (Entregando al rey unos papeles.)
Esto los doctos varones
que las diócesis ilustran
de Canarias y Orihuela,
contestan á la consulta
que se les hizo.
FELIPE. Está bien.
CARD. Ambos su dictámen fundan
en razones de gran peso
que honran su prudencia suma.
En él exponen que Vuestra
Majestad, firme columna
de la Iglesia y del Estado,
cuyo sosiego perturban
la herética pravedad
y la rebelion injusta,

debe ahogar los sentimientos
de su alma, y con mano dura,
allí donde el fuego asome,
no consentirle que cunda.
Que la salvacion del reino
expuesto á sangrientas luchas,
y la paz de las conciencias
alterada como nunca,
exigen pronto remedio,
sin que sirvan de disculpa
ni los lazos de la sangre,
ni la grandeza y alcurnia
de los que delincan.

FELIPE. Cierto.
Cuanto más alta es la cuna
del error, tanto más fácil
es que se extienda y difunda.
Más rápido es el torrente
que el arroyo. Manso cruza
el rio vegas y valles
y dilatadas llanuras;
pero cuando el sol derrite
la nieve y bajan con furia
las aguas de la montaña,
entónces todo lo inundan.

CARD. ¿Es decir que en este caso
Vuestra Majestad se ajusta
al parecer de esos doctos
prelados?

FELIPE. (Con gravedad.) No sé.

CARD. Y que juzga
preciso...

FELIPE. (Con tono más severo.) No sé. El despacho
urge. Excusad más preguntas.
—Seguid.—

CARD. Fray Diego de Chaves
en este papel, renuncia
al cargo de confesor
del príncipe, por ocultas
razones que ya conoce
Vuestra Majestad...

FELIPE. Es justa

resolucion.

CARD. Asimismo
de esta obligacion se excusa
fray Juan de Tobar...

FELIPE. Tampoco
me sorprende su repulsa.
Mal anda con su conciencia
mi hijo don Cárlos. ¡Qué oscura
debe de estar cuando todos
sus confesores se asustan!
Proseguid.

CARD. (*Entregándole otros pliegos.*)
Nuevas de Flandes.

FELIPE. ¿Y qué empresa nos anuncia
el duque de Alba, mi primo?
Sepamos.

CARD. Señor, ninguna.
Pero dice que en la mano
tiene, merced á su industria,
los hilos de una atrevida
conspiracion, y asegura
que ántes de poco, si el cielo
sus propósitos secunda,
impondrá á los sediciosos
el silencio de las tumbas.

FELIPE. Bocas que de Dios reniegan
no importa que queden mudas.

CARD. Añade que únicamente
la espada y la hoguera juntas
pueden templar la osadía
de aquella revuelta chusma;
que el incendio luterano
por todas partes circula,
y que es preciso apagarle
sin contemplacion alguna.

FELIPE. Como quien es habla el duque.
Cuando la herejía apunta,
merecen duro castigo
hasta que calle y sucumba,
el corazon que la abriga,
el labio que la formula,
la mano que la sustenta

y el oido que la escucha.
Haga, pues, lo que es debido
el duque mi primo, y cumpla
con Dios y el rey...

CARD. (Mostrando nuevos papeles.) Juan de Herrera,
á presentar se apresura,
ya reformada, la traza
de la gigantesca cúpula
del Escorial...

FELIPE. (Examinando los planos.) Bien. Espero
que será, como obra suya,
admiracion portentosa
de las edades futuras.
¿Qué despachos hay de Francia?

ESCENA II.

DICHOS, PRÍNCIPE DE ÉBOLI.

EBOLI. Señor...

FELIPE. ¿Qué es eso?

EBOLI. Con mucha
insistencia y pretextando
que el bien del Estado busca,
el comediante Cisneros...

FELIPE. ¡Ah, sí! Cediendo á sus súplicas
le he concedido una audiencia.

CARD. Es del príncipe de Asturias
confidente y consejero.

FELIPE. Razon que á verle me impulsa.
—Hacedle entrar en seguida.—
Segun dicen es aguda
su discrecion. ¡Quiera el cielo
que al fin no llore sus burlas!

ESCENA III.

FELIPE II, CARDENAL ESPINOSA.

CARD. Señor, merecido fuera
su castigo. Él presta ayuda
al príncipe en sus excesos

y hácia el abismo le empuja.
Porque intenté poner coto
á sus torpes aventuras,
siguióme airado su Alteza
con una daga desnuda
por todo palacio...-

FELIPE. Temo
que el mal tiene más profundas
raïces. Pero si sólo
es de Cisneros la culpa,
yo le pondré á buen recaudo
donde ni el sol le descubra.

ESCENA IV.

DICHOS, ALONSO CISNEROS, postrándose á los piés de FELIPE II.

CISN. Aunque no merezca tanta
merced, señor, mi humildad,
déme Vuestra Majestad
á besar sus piés...

FELIPE. (Contemplándole un momento en silencio con aire severo y desdeñoso.)
Levanta,
histrion.

CISN. No niego mi oficio.
Con harta desdicha mia
gano el pan de cada dia
en tan penoso ejercicio.
Que en arte tan singular
mi deber es divertir
al vulgo, y le hago reir...
cuando otros le hacen llorar.
Siempre alegre y bullicioso
á la plebe satisfago
y en los entremeses hago
los papeles de gracioso.

FELIPE. ¿Y nunca has llorado?

CISN. Sí.
¿Á quién el dolor olvida?
En las farsas de la vida

guardo el llanto para mí.

FELIPE. Quizás conveniente sea
que conozcas sus rigores,
porque es posible que llores
donde mi pueblo te vea.

CISN. Harto me someto al yugo
de mi dura profesion.

FELIPE. Es que yo tengo un histrion
trágico...

CISN. ¿Quién?

FELIPE. El verdugo.

CISN. (Con humildad.)
Vasallo sumiso y fiel
ante vos mi frente inclino.

FELIPE. Pienso que estás en camino
de representar con él.

CISN. ¡Señor!

FELIPE. Nada hay en tu abono.
Tienes instintos aviesos,
y el rumor de tus excesos
llegó á las gradas del trono.

CISN. No es exacto ese rumor,
¡oh, no! Tal vez mi delito
consiste en ser favorito
del príncipe, mi señor.
Pero la plebe insensata
no ve, cuando asi me nombra,
que hay árboles cuya sombra,
llena de perfumes, mata.

FELIPE. Tú la buscas con empeño.

CISN. Mi condicion lo ha exigido.
¿Cuándo el esclavo ha tenido
la libre eleccion de dueño?
Si Vuestra Real Majestad
oirme á solas quisiera,
acaso se convenciera
de mi firme lealtad:
que á vuestros piés he llegado
tan sólo con este objeto,
porque importa mi secreto
á Dios, al rey y al Estado.

FELIPE. (Al Cardenal Espinosa.)

Salid.

ESCENA V.

FELIPE II, CISNEROS.

FELIPE. Ya puedes hablar.
CISN. Señor, la suerte enemiga
quiere y me manda que os diga
lo que fuera bien callar.
Esto me impone la ley
de vasallo...
FELIPE. Ya te escucho.
CISN. Que al príncipe debo mucho;
pero más debo á mi rey.
—¿Á qué encubrir los errores
ajenos?—
FELIPE. (Impacientado.) ¡Pronto! ¿Qué pasa?
CISN. Señor, que es centro mi casa
de rebeldes y traidores.
FELIPE. (Sorprendido.) ¿De traidores dices?
CISN. Sí.
FELIPE. ¿Y quiénes son en Castilla?
CISN. Los flamencos que acaudilla
el baron de Montigni.
FELIPE. Mi justicia irá á buscarlos.
CISN. Hará muy mal en entrar,
pues pudiera tropezar
con el príncipe don Cárlos.
FELIPE. (Irritado.) ¡Vive Dios! La lengua ten,
que el no arrancártela es mengua.
CISN. ¿Qué culpa tiene la lengua
de lo que los ojos ven?
No son vanas invenciones,
y aunque la nueva os aflija,
mi casa, señor, cobija
sus secretas relaciones.
Hace tres noches que van
allí, que esto ha decidido
su Alteza...
FELIPE. (Con ira.) ¿Y no has resistido?
CISN. ¿Quién resiste al huracan?

Son temerarios y grandes
sus proyectos...

FELIPE. (Con asombro.) ¡Quién diria!...

CISN. Quiere la soberanía
de los estados de Flandes.

FELIPE. ¡Loco está!—¿Por qué no espera?—
¿Á qué arrancar de mis brazos
su propia hacienda á pedazos
pudiendo heredarla entera?
—¿Quiénes sus cómplices son?—

CISN. Le ayudan, segun infiero,
los sectarios de Lutero
que buscan su proteccion.

FELIPE. (Con hondo desaliento.)
¿Esto más, Dios soberano?
—¿Á dónde el rencor le lleva?—
Tú pones, Señor, á prueba
al padre, al rey y al cristiano.
Teme el mundo mis enojos;
firme y robusta sostengo
mi autoridad... ¡Y no tengo
á donde volver los ojos!
Y en mi hogar, en mi hogar mismo
la torba traicion me espía.
¡Oh triste grandeza mia
que se pierde en el abismo!
(Cubriéndose el rostro con las manos, abrumado por el dolor.)

CISN. (Observándole con profunda alegría.)
(¡Llora!... El gozo me enagena!
—¡Bien, histrion! Hazte aplaudir.
¿Qué no podrás conseguir
si haces llorar á una hiena!)

FELIPE. ¡Siempre cercado de intrigas!...
¡Mal mi cólera resisto!
Calla; no digas que has visto
llorar al rey. ¡No lo digas!
—¿Vives solo?—

CISN. No señor.
Conmigo vive una hermana
que mi existencia engalana
con su fraternal amor.

FELIPE. ¡Feliz tú! ¿Y esa mujer
sabe...
CISN. Ni el menor indicio.
FELIPE. Pues conviene á mi servicio
que nada llegue á entender.
CISN. Os juro que ignorará
lo que pasa...
FELIPE. Te lo mando.
¿Cuándo irá el príncipe?
CISN. ¿Cuándo?
Esta noche ..
FELIPE. Bien está.
Allí iré. ¿Quién con la duda
descansa? Vé prevenido,
la faz serena, el oido
atento y la boca muda.
De todo me darás cuenta.
CISN. Aunque mi vida peligre
todo lo sabreis. (—Ya el tigre
despertó.—¡Venganza, alienta!)

ESCENA VI.

FELIPE II, CISNEROS, el CARDENAL.

CARD. Señor, de llegar acaba
un correo en este instante,
que el duque de Alba os envia
con nuevos pliegos de Flandes.
Dice que la urgencia es mucha,
y por esta causa...
FELIPE. (Tomando los despachos.) Dadme.
(Á Cisneros, señalándole la puerta de la izquierda.)
Vé y espera en esa estancia
hasta que avise.
(Cisneros se retira inclinándose humildemente.)

ESCENA VII.

FELIPE II, CARDENAL ESPINOSA.

FELIPE. ¡Mensaje

del duque! ¿Qué habrá ocurrido?
(Leyendo.) «Señor, la mano que armásteis
»con la espada de la ley
»castiga ya inexorable.
»Los condes de Horn y de Egmont,
»traidores y desleales,
»en un público cadalso
»han derramado su sangre.»
(Declamando.) Lo siento, porque algun dia
me sirvieron bien.
(Leyendo de nuevo.) «Culpables
»de mantener relaciones
»con el príncipe de Orange,
»en la plaza de Bruselas,
»para escarmiento de audaces,
»fueron ayer degollados.»

CARD. ¡Dios de sus almas se apiade!

FELIPE. (Sin interrumpir la lectura.)
Amen. «Entre sus papeles
»que remito, tal vez halle
»Vuestra Majestad algunos
»que le sorprendan y espanten.
»Hay cartas de los rebeldes.
»Háilas tambien, y muy graves,
»del... (Felipe II contrariado.)
¡Si parece imposible!

CARD. (¿Quién será? ¡Que Dios le ampare!)

FELIPE. (Continuando.)
«En ellas se manifiesta
»que no es extraño á estos planes
»el...

CARD. (¡Otra vez se detiene!...)

FELIPE. (Con amargura.)
¡Tendré al fin que castigarle!
»Desde principios de enero
»esperánle... (Con resolucion.)
Será en balde.
«Y estas locas esperanzas
»de los sediciosos, hacen
»que á pesar de mis esfuerzos
»el incendio se propague.
»Mas yo templaré su furia,

»pues pondré para atajarle
»una hoguera en cada plaza
»y un cadalso en cada calle.
»Será mi rigor severo,
»ya que la piedad no vale;
»y si Flándes se resiste
»al debido vasallaje,
»arrasaré sus llanuras,
»abrasaré sus ciudades,
»y pondré un pilar que diga
»al mundo: ¡*Aquí existió Flándes!*
»Piérdase para la historia
»y para los hombres, ántes
»que para su Dios y el rey.»
(Declamando.)
Quien tal hizo, que tal pague.

CARD. Señor, sin que yo pretenda
detener con mi dictámen
el brazo de la justicia,
pienso que á veces es hábil
castigar con una mano
y halagar con otra...

FELIPE. ¡Es tarde!
¡Oh! si sólo me agraviaran
á mí, quizás encontrasen
perdon; pero á Dios ofenden,
y no es justo que lo alcancen.
Me impone el cielo terribles
deberes. Como el gigante
que entrevió el profeta, tiene
este imperio formidable
la cabeza de oro, el cuerpo
de plata y los piés de frágil
barro. Confusion extraña
de diversas sociedades,
con diferentes costumbres
y con distinto lenguaje,
un solo vínculo enlaza
y liga todas sus partes:
¡Dios! la religion! El dia
en que esa ley se quebrante,
se derrumbará el coloso

al menor soplo del aire.
No será mientras yo viva.
Que en este rudo combate
á que el Señor me condena,
por deber seré implacable.

CARD. Pero...

FELIPE. Mientras examino
estos papeles, dejadme,
y llamad de parte mia
al príncipe.

CARD. El cielo os guarde.

ESCENA VIII.

FELIPE II.

¡Que tan criminal intento
abrigue! ¡Que así me hiera!...
Ocultárselo quisiera
á mi propio pensamiento.
Vergüenza, vergüenza siento,
porque al cabo es sangre mia!
¡Vive el cielo! ¿Quién diria
que arrastrado por su instinto
un nieto de Cárlos quinto
su estirpe deshonraria!

ESCENA IX.

FELIPE II, entregado á sus tristes reflexiones, D. CÁRLOS.

CARLOS. (Entrando.) Señor...
(Alzando la voz para llamar la atencion del rey que no le ha oido.)
Señor!

FELIPE. (Reparando en él.) Ah! Llegad.
Hace dias que no os veo.
Me habeis olvidado.

CARLOS. Creo
que Vuestra Real Majestad
en esto no va acertado.

FELIPE. ¿Pues me quejo sin motivo?

CARLOS. Yo soy, señor, el que vivo
en vuestro reino olvidado.
FELIPE. Vuestra soberbia os engaña.
No es cierto.
CABLOS. (Con amargura.) ¡Pluguiera á Dios!
FELIPE. (Con intencion.) Harto sabeis que de vos
se acuerdan... fuera do España.
CARLOS. (Alterado.) ¿De mí, señor?
FELIPE. Sed más cuerdo,
y pensad lo que os conviene.
CARLOS. (Reponiéndose y con tono resuelto.)
Se acuerdan, porque algo tiene
la compasion de recuerdo.
FELIPE. ¡Cómo! ¿Os compadecen?
CARLOS. Sí.
FELIPE. No temais que yo lo impida.
CARLOS. Cuantos conocen mi vida
tienen lástima de mí.
FELIPE. ¿Esto más? (Reprimiéndose.)
CARLOS. De genio altivo,
ansiando más luz y espacio,
por cárcel tengo el palacio
donde vejeto cautivo.
Ved si con razon me quejo,
pues vuestra mano me cierra
el camino de la guerra
y la entrada en el Consejo.
Y cuando puedo aspirar
á engrandecer nuestra historia,
veo la gloria... ¡La gloria
que no me es dado alcanzar!
Sumido en ocio infecundo
á vuestra ley me resigno.
¡Ya veis, señor, si soy digno
de la lástima del mundo!
FELIPE. Duras vuestras quejas son,
y es de sentir solamente
que no tenga vuestra mente
los vuelos de su ambicion.
¿Ansiais glorias militares?
Id y conquistad Europa
con vuestra aguerrida tropa

de histriones y de juglares.

CARLOS. (En un arranque de ira.)
¡Padre!

FELIPE. Con esa cuadrilla
que do quier os acompaña,
y que es vergüenza de España
y escándalo de la villa.

CARLOS. ¡No más!...

FELIPE. Decis, ¡vive Dios!
que de mi lado os alejo.
¿De qué sirve en el Consejo
un príncipe como vos,
que con ira licenciosa
y fiero rencor insano
persigue, puñal en mano,
al Cardenal Espinosa?

CARLOS. Debo vengar mis injurias.

FELIPE. Por Dios, que errais el camino.
Decidme, ¿sois asesino
ó sois príncipe de Asturias!

CARLOS. (Fuera de sí.)
¡Padre!

FELIPE. Ciego de despecho,
os perturba y arrebata
esa ambicion insensata
que nó cabe en vuestro pecho.
Siempre entregado al azar,
rebelde siempre al deber,
ni sabeis obedecer
ni sois digno de mandar.

CARLOS. Qué implacable estais conmigo!

FELIPE. No con falta de razon.
Moderad vuestra ambicion
ó sentireis el castigo.

CARLOS. (Arrebatado por la cólera.)
Pues bien: haced lo que os cuadre:
á todo estoy resignado.
Ya sé que el cielo me ha dado
un tirano en vez de padre.
Sobre mí caiga la ley.
No me asusta...

FELIPE. (Con ira reconcentrada, estrechando la mano de

D. Cárlos y obligándole á caer á sus piés.)
¿Así me humillas,
desdichado? ¡De rodillas!
Ya no habla el padre, habla el rey.
¡Quién tanta audacia concibe!
Pues si yo fuera tirano,
¿dónde estaria la mano
que estos papeles escribe?
(Mostrándole las cartas remitidas por el Duque de Alba.)
¿Así ensalzas y proteges
las gloria de tus mayores,
amparador de traidores,
patrocinador de herejes?
Mira si puedes el falso
camino que has emprendido;
mira esas cartas que han sido
cobradas en el cadalso.
Si aún permanecen ocultas
tus sujestiones aleves,
no al monarca se lo debes
sino al padre á quien insultas.
Mas si con loca osadía
persistes en tu maldad,
fiado en la impunidad
que te da la sangre mia,
yo sabré, si no la enfrenas,
verterla, mal que me pese,
¡y no la tuya! Aunque fuese
la que corre por mis venas.

CARLOS. (Aterrado.) ¡Señor!

FELIPE. Por última vez
mi voz te avisa y advierte.
¡Ay de tí si se convierte
el padre en severo juez!

ESCENA X.

D. CÁRLOS, levantándose lentamente del suelo, entre confuso y airado.

Mi plan está descubierto

y me hostiga y amenaza...
¡No, no conoce su raza
cuando á sus piés no me ha muerto!
¡Yo vivir encadenado!...
¡Si imaginarlo es quimera!
¡Oh! Devolverle quisiera
la ruin vida que me ha dado!

ESCENA XI.

D. CÁRLOS, CISNEROS, saliendo inquieto y azorado por la izquierda.

CISN. (Ap.) (Me manda salir... ¡Valor!)
CARLOS. (Dirigiéndose hácia la puerta del fondo.)
Pronto veremos...
(Reparando con sorpresa en Cisneros.) ¿Tú aquí?
CISN. (Receloso.) (Quizás nos observa...) Sí.
Vengo á buscaros, señor.
CARLOS. (Maravillado.) ¿Y osaste?...
CISN. No soy cobarde
y me ha movido la idea
de que Vuestra Alteza vea
la comedia de esta tarde.
CARLOS. ¡Hay funcion?
CISN. Pero funcion
que adquirirá eterna fama.
Es nueva, es mia, y se llama...
(Con tono intencionado.)
¡*Callar hasta la ocasion!*
CARLOS. El título me provoca
á risa...
CISN. De veras hablo.
CARLOS. (Cuya agitacion va en aumento hasta la terminacion del acto.)
¡Oh! Diríase que el diablo
me aconseja por tu boca.
¿Habrá mucho enredo?
CISN. ¡Mucho!
Hay aventuras muy graves.
CARLOS. ¿Es eso verdad? ¡No sabes
con cuánto placer te escucho!

CISN. Hay citas, hay emboscadas...
CARLOS. ¿Nada más que eso, Cisneros?
CISN. Y empeños de caballeros
y nocturnas cuchilladas.
CARLOS. ¿Y nada más?
CISN. Hay en toda
la farsa vivo interés.
CARLOS. ¿Y cómo acaba?...
CISN. Despues
acaba el asunto en boda.
CARLOS. ¿Y no en muerte?.,. Pues declaro
que eres malísimo autor.
¡Es mejor, mucho mejor
la fiesta que yo preparo!
¡Oh, ya verás, ya verás
qué algazara y qué alborozo!
CISN. (Observando la alteracion del príncipe.)
¡Estais llorando?...
CARLOS. Es de gozo.
¡El gozo de Satanás!
Si se logra mi esperanza
habrá en la comedia mia
tristes ayes de agonía,
roncos gritos de venganza.
CISN. ¿Qué decis?
CARLOS. ¡Verás qué enredo!
Habrá lucha, y en la lucha
mucha sangre, mucha, mucha...
(Con risa sardónica.)
Já, já, já, já...
CISN. ¡Me dais miedo!
CARLOS. ¡Qué peripecias tan grandes!
¡Qué escenas tan peregrinas!
CISN. (Asombrado.)
¿En dónde?
CARLOS. ¿No lo adivinas,
imbécil?
CISN. Señor...
CARLOS. En Flándes.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Morada de Alonso Cisneros, modestamente amueblada. Puerta en el fondo, y en segundo término otra que se supone ser la de entrada en la casa. Puertas laterales. Son las primeras horas de la noche.

ESCENA PRIMERA.

MÓNICA.

¡Siempre en casa recogida
y siempre llorosa! Todo
parece indicar que oculta
pesares agudos, hondos.
¡Pobre Catalina! Á veces
riegan su apacible rostro
lágrimas acusadoras
que se escapan de sus ojos.
¿Por qué se aflige?... Es preciso
averiguar... pero ¿cómo?
Si no atiende á mis deseos
ni á mis súplicas tampoco.
Pues yo he de saber...
(Óyense dos aldabonazos en la puerta de entrada. Mónica se detiene sorprendida, y vuelven á sonar nuevos y más violentos golpes.)
¿Quién llama?

ÉBOLI. (Desde fuera con tono imperioso.)
Abrid!

MON. La voz desconozco.
¿Quién sois?

ÉBOLI. Abrid, ó derribo
la puerta.

MON. (Abriendo.) ¡Jesús, qué tono!

ESCENA II.

MÓNICA, FELIPE II y PRÍNCIPE DE ÉBOLI, embozados en largas capas y recatando el rostro.

(Sorprendida.) ¿Qué se ofrece, caballero?

ÉBOLI. ¿Vive en esta casa Alonso
Cisneros?

MON. Sí. Pero diga
vuesa merced...

ÉBOLI. Poco á poco.
¿Está en casa?

MON. No está en casa.
¿Qué quereis?

ÉBOLI. Pues es forzoso
que nos ocultes.

MON. (Asustada.) ¡Dios santo!
¿Qué dice usarced?

ÉBOLI. (Con imperio.) Y pronto.

MON. Paréceme, caballero,
que no es este el mejor modo
de pedir...

ÉBOLI. Señora dueña,
yo no os consulto, dispongo.

MON. ¿Y no hay más que entrar así
como almas del purgatorio,
con el sombrero calado
y hasta el sombrero el embozo,
diciendo:—Acá nos metemos?—

ÉBOLI. Por vuestro bien os exhorto
al silencio y obediencia.

MON. ¿De veras? Pues yo respondo
que si no os vais ahora mismo
pediré á voces...

FELIPE. (Adelantándose.) Y si oigo

el menor grito, os arranco
la lengua...

MON. (Sobrecogida.) ¡Dios poderoso!

FELIPE. En nombre del rey venimos.

MON. Oh!...

FELIPE. Sus emisarios somos.
Haced, pues, lo que se os manda
ó despertareis su enojo.

MON. (Amedrentada.)
Señor...

FELIPE. ¿En dónde podremos
ocultarnos?

MON. ¡San Antonio
me valga! Yo no sabía...
Perdonad.

FELIPE. Bien: os perdono.
Pero despachad.

MON. (Señalando una de las habitaciones de la derecha.)
En ese
cuarto, retirado y solo,
podeis estar y enteraros
de cuanto pase...

FELIPE. ¿De todo?

MON. Sí, señor. Nadie le habita...

FELIPE. Entremos. Oye: si noto
la menor incertidumbre,
si observo el más leve asomo
de traicion, si nos engañas
y llego á entender el dolo...

MON. (Espantada.)
Señor, descuidad!

FELIPE. Te juro,
y yo no falto á mis votos,
que de un balcon de esta casa
mañana mismo te ahorco.

ESCENA III.

MÓNICA santiguándose, despues CATALINA.

In nomine patris, filii
et spiritu... ¡Ay, me ahogo!
Ya me parece que tengo

puesto el dogal en los hombros.
Prometo, si Dios me saca
con bien...

CAT. (Entrando en escena.) ¡Mónica!

MON. (Asustada.) ¡Socorro!

CAT. (Sorprendida.)
¿Qué es eso?

MON. ¡Flaquezas mias!
Contóme ayer Fray Ambrosio,
mi confesor, un suceso
tan tremendo y pavoroso,
que el menor ruido me asusta
desde entónces...

CAT. (Sonriendo.) ¡Lo conozco!

MON. Figúrate que un hereje...

CAT. Calla! (Con vehemencia.)

MON. Un luterano, un monstruo
sin religion, con mentidas
prácticas y actos devotos,
estuvo engañando al mundo
y al Santo Oficio á su antojo.
Pues figúrate que en este
estado pecaminoso,
muere...

CAT. ¡Te he dicho que calles!

MON. Pero ¡qué espanto! ¡Qué asombro!
No bien espiró sintióse
en toda la casa sordo
rumor de cadenas, luégo
gritos discordes y broncos;
despues como removida
por interno terremoto
la casa vínose abajo,
y entre mil nubes de polvo,
el muerto, dando alaridos,
desapareció de pronto
conducido por un diablo
rabilargo y uñicorvo.
Esto prueba, segun dice
mi confesor, hombre docto,
que los herejes no entienden
su interés y son muy tontos,

pues por huir de la quema,
que dura en el mundo un soplo,
prefieren estar ardiendo
per sæcula sæculorum.
—Mas ¡por Dios! ¿Te pones mala?
Lloras?

CAT. Sí, Mónica, lloro,
y no me preguntes...

MON. ¡Vamos!
El caso es tan espantoso
que te ha trastornado...

CAT. ¿Quieres
callar?

MON. ¡No me dió un soponcio
cuando lo supe... ¡Ay, qué cosas
dicen que dijo el demonio!

CAT. (Esforzándose y variando de conversacion.)
¿Quién ha venido?

MON. (Inquieta.) ¿Aquí? Nadie.
Ya sabes. Hasta las ocho
no podrá volver tu hermano,
y en su ausencia no descorro
sin conocer al que llama,
ni pestillos ni cerrojos.
¡No faltaba más! Pues bueno
anda el mundo... Hay cada robo
de noche...
(Observando la profunda melancolía de Catalina.)
Pero ¿qué tienes?
Hace tiempo que no logro
ver la sonrisa en tus labios
ni la alegría en tus ojos.
Las rosas de tus mejillas
pierden su color hermoso:
suspiras y tus suspiros
casi parecen sollozos.
¿Qué tienes?

CAT. Nada.

MON. No es cierto.
(¡Jesús! que escuchan los otros.
No me acordaba...) Si quieres
callarte... Bien: no me opongo.

CAT. Y nunca pretendas, nunca,
llegar, Mónica, hasta el fondo
de mi corazon...

MON. Lo mandas...

CAT. Mi pecho es un calabozo
donde sin luz y sin aire
los recuerdos aprisiono.
Dolor que no se confia,
dolor mudo, misterioso,
desesperado es el mio,
implacable como el odio.
Déjame á solas con él,
que si en el alma le escondo
harta desdicha es la mia.

MON. Me callo, ya que te enojo.
(Llaman en la puerta de entrada.)
¿Quién es?

CARLOS. (Fuera.) Yo soy.

CAT. (Agitada.) Es su Alteza.
Abre.

MON. (Con miedo.) (Mis piés son de plomo.
Y esos hombres espiando...)

CAT. ¿No abrirás? (Impaciente.)

MON. (Rezando.) *Dóminus, dóminus*...

ESCENA IV.

CATALINA, D. CÁRLOS, abatido, MÓNICA.

CARLOS. Catalina, Dios te guarde.

CAT. Seais bien venido.

CARLOS. ¿Alonso
no está?

CAT. No señor.
(Reparando en el desaliento del príncipe.)
¡Dios mio!
¿Estais enfermo?

CARLOS. (Excitándose.) Estoy loco.
¡Loco, sí!

CAT. (Con interés.) Pues ¿qué os sucede?
No sé...

CARLOS. Triste y sin apoyo,
para irrision de los hombres

nací en las gradas del trono.
Cat. ¡Que eso digais!...
Mon. (Amedrentada.) (¡Desgraciados,
y van á hablar.... No me expongo
á escucharlos... ¡Quiera el cielo
apiadarse de nosotros!)

ESCENA V.

CATALINA, D. CÁRLOS.

Cat. Pero ¿qué os pasa? Agitado
estais...
Carlos. No, desesperado.
Tú no sabes, Catalina,
el odio reconcentrado
que en mi corazon germina.
Por mis venas se derrama:
como el fuego comprimido
ocultamente me inflama.
¡Ay, cuando rompa esa llama
y surja...
Cat. ¡Estareis perdido!
Carlos. ¿No es verdad que te amedrenta?
¡Oh! yo quisiera callar,
pero no puedo. Revienta
mi furor. ¿Quién puede ahogar
las iras de la tormenta?
Explávese el alma mia
lejos de esa turba impía
que me sigue y acompaña,
que me adula y que me espia,
que se postra y que me engaña.
En este oculto rincon
salgan la voz de mi pecho,
la hiel de mi corazon,
los ayes de mi despecho,
las ansias de mi ambicion.
Aquí sólo puedo ser
dueño de mí mismo. Aquí
no necesito esconder
este ardiente frenesí...

CAT. Príncipe, ¿qué vais á hacer?
Templad ese vivo encono.
Ved quien sois...
CARLOS. ¡Ay Catalina!
Nada soy en mi abandono.
CAT. Sois heredero de un trono
que sobre el mundo domina.
CARLOS. Mas esto me desespera.
CAT. ¿Por qué, señor?
CARLOS. Si yo hubiera
en pobre cuna nacido,
con resignacion sufriera
la oscuridad y el olvido.
Pero cuando altiva toca
en la elevacion mi frente
y la ambicion me provoca,
¡vivir atado á la roca
de una grandeza impotente!
¡Solo, triste, sin empleo,
en mi lastimoso estado,
sentir, nuevo Prometeo,
mi pecho despedazado
por las garras del deseo!
¡Ser tan grande y ser tan poco!
Morir de sed á la orilla
del agua que miro y toco!...
¡Esto me mata, me humilla,
y temo volverme loco!
CAT. Pero mirad...
CARLOS. En la oscura
soledad de mi recinto,
á veces se me figura
que ante mis ojos fulgura
la imágen de Cárlos Quinto.
Á su vista me confundo
temeroso, y quiero en vano,
en mi respeto profundo,
besar la potente mano
que llegó á abarcar el mundo.
Mi espíritu desfallece,
y, como á través de un sueño,
la imágen se eleva y crece;

y á medida que engrandece
me siento yo más pequeño.
Y la bélica armonía
de la militar porfía
en mi corazon resuena,
y mi cerebro se llena
con las glorias de Pavía.
Y mudo, asombrado, yerto
al mirar su rostro altivo,
juzgo, de rubor cubierto,
que viene á quejarse muerto
del ocio infame en que vivo.
Estos recuerdos se imprimen
tenazmente en mi memoria,
y me conturban y oprimen...

CAT. Cuidad que ese afan de gloria
no os precipite en el crímen.

CARLOS. (Alterado.)
¡El crímen!

CAT. Pobre mujer,
no sé qué impulso secreto
me lleva á vos sin querer.
¡Quizás la voz del respeto,
quizás la voz del deber!
No quiero buscar su orígen.
Sólo sé que esos sombríos
dolores consuelo exigen;
sé tan sólo que me afligen
como si fueran los mios.

CARLOS. (Enternecido.)
¡Eres buena, Catalina!

CAT. Sé que es llama abrasadora
la ambicion cuando domina...

CARLOS. (Con decaimiento.)
¡Es verdad!

CAT. Sé que ilumina;
mas sé tambien que devora.
¿Qué entiendo yo de la ciencia
del mundo? Pero ¡ay señor!
conozco en mi inexperiencia
que debe estar el valor
de acuerdo con la prudencia.

Ya que en vuestras venas arde
la ambicion, marchad con tino,
ni arrojado ni cobarde,
pues vale más llegar tarde
que perderse en el camino.
Agítese cuanto quiera
aquel que en humilde esfera
y en bajo estado se mueve,
porque es larga la carrera
y nuestra vida muy breve.
Pero vos... ¡vos, cuya mano
está á punto de alcanzar
el mayor poder humano!...

CARLOS. Porque le miro cercano
tengo anhelos de llegar.

CAT. Mas ¿á qué correr en pos
de un deseo? ¿No estais vos
casi tocando con él?

CARLOS. No ambicionara Luzbel
á estar más lejos de Dios.

CAT. Pero Vuestra Alteza olvida
que sufrió duro escarmiento
su soberbia...

CARLOS. ¡Por mi vida!
¿Desde cuándo la caida
empequeñece el intento?
Cayó Luzbel: es verdad.
Mas tan grande, que Dios mismo
para encerrar su maldad,
produjo otra inmensidad:
la inmensidad del abismo.

CAT. De horror y espanto me llena
vuestra inquietud. Tened calma.

CARLOS. ¡Ay! ¿Cómo será mi pena
cuando tu voz no serena
esta tempestad del alma?
No sé qué secreto encanto
ejerce en mí, que la escucho
con recogimiento santo.
¿Mas cómo vencerme? Lucho
sin fuerzas. ¡No puedo tanto!

CAT. ¡Ah! que me faltan razones,

y no alcanzo á convenceros...
CARLOS. ¡Árdua empresa te propones!

ESCENA VI.

DICHOS, CISNEROS, lleno de júbilo.

CISN. (Entrando.)
¡Vítor, vítor!
CARLOS. (Sorprendido.) ¿Qué hay, Cisneros?
CISN. ¡Qué aplausos! ¡Qué aclamaciones!
¡Qué entusiasmo en las mujeres!
en los hombres ¡qué locura!
¡Qué igualdad de pareceres!
La grandeza y la hermosura,
clérigos y mercaderes,
plebeyos y caballeros
gritaban: ¡Vítor, Cisneros!
Y yo loco de alegría
aplaudia... ¡Me aplaudia!
¡La gloria tiene sus fueros!
CAT. ¿Es decir que has conseguido
seguro triunfo?
CISN. ¡Oh, seguro!
¡Qué funcion habeis perdido!
¡De eterna memoria!—Os juro
que resistirá al olvido.
¿Hay placer más singular
que el de ver á una asamblea
dominada á su pesar,
que ni habla, ni pestañea,
ni se atreve á respirar;
que en un solo pensamiento
se confunde, que hace un alma
de todas, que á vuestro acento
agitada y sin aliento
ó se alborota ó se calma?
¡No le hay! En esa ocasion
sujetando el corazon
del público, me agiganto,
y como un rey ¡yo el histrion!
sobre todos me levanto.

Fieramente me apodero
de la multitud sumisa:
mando en ella, en ella impero.
Si quiero excito su risa,
su llanto excito si quiero.
Padece ó goza conmigo,
y ante el sentimiento igualo
al contrario y al amigo,
al magnate y al mendigo,
al hombre de bien y al malo.
¡Oh, qué placer, qué placer!

CARLOS. Y al cabo de la partida,
¿qué sacas de ese poder?
—¡Farsa, no más!—

CISN. ¿Qué ha de ser!
¿No es todo farsa en la vida?
Teatro el mundo parece
donde el esclavo y el dueño,
el que manda, el que obedece,
el que oprime, el que padece,
el grande como el pequeño,
con más ó ménos ventura,
fingen su papel, que dura
sólo el tiempo necesario
para ir desde el escenario
del mundo á la sepultura.

CARLOS. No es cierto que todo acabe
cuando el sepulcro se cierra.
—¿Y la gloria?

CISN. ¿Quién no sabe
que la gloria humana cabe
bajo siete piés de tierra?
Pero ¿quién nos mete en esto?
Vivamos como es debido,
cada cual en nuestro puesto...
(Dirigiéndose hácia la puerta de la derecha, donde están ocultos Felipe II y el príncipe de Éboli.)

CARLOS. ¿Adónde vas?

CISN. Vuelvo presto.
(Veré si el rey ha venido.
(Entra en la habitacion y sale en seguida.)
No me engañó.—¡Ya está aquí!—

¡Infierno! Ven en mi ayuda!)
(Prestando atencion y aproximándose para ocultar su turbacion á la puerta de entrada.)
Pero álguien se acerca... Sí.
Estoy seguro... (En voz alta y con intencion.)
Sin duda
el baron de Montigni.

ESCENA VII.

DICHOS, el BARON de MONTIGNI, el MARQUÉS de BERGHEN.

CISN. (Saliendo á abrir la puerta de entrada y mirando por ella.)
Él es.
(Viéndoles aparecer.)
Entrad. Dios os guarde,
señores...
MONT. Gracias, Cisneros.
(Postrándose Berghen y él á los piés de D. Cárlos.)
¡Príncipe! dadnos la mano
á besar...
CARLOS. (Levantándolos.) Alzad del suelo.
MONT. Perdónenos Vuestra Alteza
si contra nuestro deseo
hemos acudido tarde,
que ántes lo hubiéramos hecho
á no habérnoslo impedido
justa causa...
CARLOS. No os comprendo.
MONT. Desde esta misma mañana
con empeño manifiesto,
siguiéndonos han estado
cual sigue la sombra al cuerpo,
varios hombres sospechosos,
y en vano, dando rodeos,
hemos querido librarnos
de su peligroso acecho.
Hasta que al fin decididos
á no sufrirlo más tiempo,
en la calleja inmediata
arremetimos con ellos,
donde callando la lengua

y centellando el acero,
hemos dado á los fantasmas
el merecido escarmiento.
Uno, mas tenaz que todos
y más que todos resuelto,
echando mano á la espada
quiso defender su puesto.
Mal hizo. ¡Dios le perdone!
Pues sin valerle su esfuerzo,
pasado de una estocada
á mis plantas cayó muerto.

CAT. (Asustada.)
Jesús mil veces!

CARLOS. Señores,
la precaucion agradezco,
que en empresas atrevidas
es mejor, á lo que entiendo,
pecar por golpe de más
que no por golpe de ménos.

MONT. Él ha buscado su muerte.

CARLOS. Descartad ese suceso
que de otros de más cuantía
noticias que daros tengo.

MONT. Nosotros tambien.
(Hablan en voz baja con grande animacion.)

CISN. (Á Catalina.) Hermana,
déjanos solos...

CAT. ¿Qué es esto?
Há dos noches que esos hombres
vienen aquí con misterio,
y cuando tanto temor
tienen de ser descubiertos
y así con sangre pretenden
borrar sus huellas, sospecho
que algun propósito abrigan
injusto, y quiero saberlo.

CISN. ¿Qué te importa?

CAT. (Con ardor.) ¡Vuestra vida
me importa mucho!

CISN. ¡Silencio!
Despues sabrás lo que pasa,
pero ahora vete...

CAT. (Marchándose.) (¡Velemos!)

ESCENA VIII.

D. CÁRLOS, CISNEROS, MONTIGNI, BERGHEN.

MONT. (Aterrado.) ¡Todo descubierto!
CARLOS. Sí.
MONT. No hay esperanza ninguna;
¿qué hemos de hacer?
CARLOS. La fortuna
se nos vuelve, Montigni.
MONT. Nuestro plan ha fracasado.
BERG. Es menester desistir,
huir...
CARLOS. ¿Y sabeis huir?
Nunca lo hubiera pensado.
MONT. Pero ¿qué hacer? Descubierto
nuestro plan, ¿quién nos responde
del éxito? El noble conde
de Egmont nos decís que ha muerto;
que en poder del soberano
vuestras cartas han caido...
CARLOS. ¿Qué importa que haya sabido
mis proyectos de antemano?
MONT. Los trastornará.
CARLOS. Ya es tarde.
MONT. Mas...
CARLOS. (Con resolucion.) Ni desisto ni cedo!
No piense que tengo miedo
y huyo del riesgo cobarde.
Nunca mejor ocasion.
Juzgará el rey desde luégo
que habiendo perdido el juego
vacilaré en mi intencion:
que el temor... ¡no me conoce!
influye en mí.
MONT. ¿Y qué logramos?...
CARLOS. Decidido estoy. Partamos.
MONT. ¿Cuándo?
CARLOS. Esta noche á las doce.
Demos principio á la lid,

suceda lo que suceda.
Y para que el rey no pueda
sorprenderos en Madrid,
mientras con maña y secreto
mis preparativos hago,
id y esperadme en Buitrago,
donde estaré, os lo prometo,
ántes de rayar el dia.

MONT. (*Con decision.*)
Allí nos verá su Alteza.

CARLOS. Y así está vuestra cabeza
al abrigo de la mia.

BERG. Perdonad la confusion
que en mí la nueva produjo.
Si entónces cedí al influjo
de torpe alucinacion,
hoy con vos, arrepentido,
sabré morir ó vencer.
¿Pues qué ménos puedo hacer
por la patria en que he nacido?
¡Partamos!

MONT. La resistencia
es justa. El rey nos obliga.
Y hasta que Flándes consiga
la libertad de conciencia,
descanso al hierro no dé;
ya que sordo á nuestro ruego
quiere el rey á sangre y fuego
que prevalezca su fé.

BERG. Combátase la herejía
donde levante bandera;
mas no arrojando á la hoguera
con sangrienta hipocresía,
mujeres y hombres, en pos
de la sospecha más leve,
que quien á tanto se atreve
injuria y maltrata á Dios.

CARLOS. Oh, no será! Si propicio
premia el cielo mis afanes,
yo atajaré los desmanes
y horrores del Santo Oficio;
que en vano del alma quiero

borrar su cruel historia.
Fijo tengo en mi memoria
un recuerdo horrible, fiero.
Áun á través de la edad
me hiere cual dardo agudo.

MONT. ¿Es tan pavoroso?

CARLOS. Dudo
que otro le iguale. Escuchad.
Estaba yo—¡era muy niño!—
En esa edad inexperta
en que el corazon despierta
lleno de fé y de cariño.
¡Ay, ajeno á todo ardid,
de mis ilusiones dueño,
era mi existencia un sueño
de gloria en Valladolid.
En mi forzosa orfandad,
sin ningun temor vivia
en esa dulce alegría
que engendra la libertad.
De pronto una nueva extraña
regocijó nuestra tierra.
Súpose que de Inglaterra
el rey regresaba á España,
y en su respeto profundo
no hubo ciudad ni hubo villa
que no obsequiara en Castilla
al rey Felipe Segundo.
Entre el público bullicio
y el general alborozo,
tambien demostró su gozo
el austero Santo Oficio.
Y con majestad, que fué
por el vulgo celebrada,
dispuso para la entrada
del rey un *Auto de fé*.

CISN. (Alterado.)
Sí, bien me acuerdo...

MONT. ¡Qué horror!
¿Á quién no asombra y aflige
que el hombre se regocije
con el ajeno dolor?

¡Y la plebe envilecida
goza en esto?

CARLOS. No os asombre
que aplauda el dolor del hombre
quien á Dios quitó la vida.
¿Quién habrá que no recuerde
aquel dia?...

CISN. (*Cada vez más agitado.*)
Fué tremendo!
¡infausto!

CARLOS. Marchaba abriendo
paso á todos la *cruz verde.*
Y entre el inmenso turbion
de las olas populares,
seguian los familiares
de la Santa Inquisicion.
Allí, luciendo su porte
bizarro, graves y austeros,
marchaban los caballeros
más ilustres de la córte,
y detrás de dos en dos
los frailes en larga fila,
con voz solemne y tranquila
pidiendo clemencia á Dios...

MONT. (*Irritado.*)
¿Y no á los hombres? ¡Cruel
sarcasmo!

CARLOS. Desde un estrado
en la plaza levantado
bajo ostentoso dosel,
cercados de hombres de pró,
con faz alegre y serena,
presenciabamos la escena
que digo, mi padre y yo.
Ví indiferente cruzar
prelados, inquisidores,
grandes, títulos, doctores
y ministros del altar.
Mas cuando escuché los gritos
de horror, y mal ordenados
ví pasar los sentenciados
con velas y sambenitos,

y miré entre aquellos séres,
á los fúnebres reflejos
de la luz, niños y viejos,
¡hasta débiles mujeres!
y observé su agitacion,
y ví su faz descompuesta,
¡tuve miedo de la fiesta
que daba la Inquisicion!

CISN. ¡Ay! Yo tambien presenciaba
el cuadro siniestro, impío.

CARLOS. Mi padre, impasible y frio,
con trémula voz rezaba.
Apiñábase la gente
gozosa.—De pronto, veo
que ante el rey se pára un reo
y alza la lívida frente...

CISN. (Hondamente agitado.)
¡Don Cárlos de Sesa!...

CARLOS. Sí.
¡Él era! Ante tanto duelo
cubrió mis ojos un velo
de sangre. ¡Miré y no ví!

CISN. (Con desesperacion.)
¡Qué dia!...

CARLOS. Vagos temores
me hirieron, y con pavor
le oí:—¡Buen premio, señor,
dais á vuestros servidores!—
—Si como vos mi hijo fuera,
dijo el rey, no dudaría:
el *Haz de leña* echaría,
para quemarle, á la hoguera.—

CISN. (Cada vez más conmovido.)
¡Eso dijo!

ESCENA IX.

DICHOS, CATALINA, que oye el diálogo, presa de la más violenta agitacion, sin poder apenas reprimir sus sollozos, y va acercándose lentamente, como atraida por el interés de la narracion.

CARLOS. Siguió aquel
desgraciado su camino,
y yo, trémulo, sin tino,
con la vista fija en él.
Cubierto de vilipendio
llegó al brasero...

CISN. (Enternecido y á la vez airado.)
¡Y le ató
el verdugo!...

CARLOS. Y estalló
la llama...

CISN. ¡Y creció el incendio!

CARLOS. Entónces, con ansia viva,
entre horribles crispaduras,
rompiendo sus ligaduras
trepó el de Sesa hasta arriba.
Cerré los ojos, y cuando
volví á abrirlos temblé, viendo
que la llama iba subiendo
y el humo le estaba ahogando.

CISN. Y encaramado en la punta
del palo, con la mirada
incierta, desencajada
la faz, la color difunta,
se agitaba y retorcia
por la llama perseguido...

CARLOS. Hasta que, al cabo, vencido
en tan estéril porfía,
torvo, erizada la greña,
desatalentado y ciego,
precipitóse en el fuego
gritando:—¡*Allá va más leña*!

CAT. (Rompiendo en sollozos y dejándose caer desfallecida en un sitial.)

¡Ay!

CISN. (Corriendo hácia ella y con tono amenazador.)
¿Qué has hecho?

CARLOS. (Sorprendido.) ¡Catalina!
(Catalina quiere hablar y Cisneros se lo impide.)

CISN. ¡Cállate!

CAT. (Afligida) ¡Si apenas puedo!

CARLOS. ¿Qué pasa?

CISN. ¡Que tiene miedo!...
¡Hay cosa más peregrina!
Hízola mella, á mi ver,
esa historia lastimosa.
Perdonadla. ¡Fué curiosa!
Siempre es Eva la mujer.
Pecó de celo indiscreto;
mas no volverá á pasar.
(Por poco dejo escapar
del corazon mi secreto,
y allí el rey... ¡Qué torpe he sido!)

CAT. (Avergonzada y llorosa.)
Perdonad...

CARLOS. (Con dulzura.) Calma tu pena,
y esta dolorosa escena
demos todos al olvido.
—Adios.—Proyectos más grandes
me llaman...

CAT. (Con terror.) ¡Ved lo que haceis!

CARLOS. (Á Montigni y Berghen.)
Caballeros, ya sabeis:
en Buitrago...
(Salen Montigni, Berghen y D. Cárlos, hablando en voz baja.)

ESCENA X.

CISNEROS, CATALINA, desconsolada.

CAT. ¡Y luego en Flándes!
¡En Flándes! Su perdicion
es cierta...

CISN. (Inquieto.) Si has escuchado,
calla...

CAT. Habeis despedazado
sin piedad mi corazon.
¡Oh, nunca, nunca recuerdes
esa historia ó lograrás
matarme...
CISN. (Impaciente.) ¡No callarás!
CAT. (Llorando.)
¡Ay de mí!
CISN. (Viendo salir al rey.) Vé que me pierdes.

ESCENA XI.

DICHOS, FELIPE II, PRÍNCIPE DE ÉBOLI.

CAT. (Asustada.)
¿Quiénes son esos?...
CISN. (Humildemente.) Señor...
FELIPE. (Al príncipe de Éboli.)
¡Pronto! Salgamos de aquí.
No han de escapar Montigní
ni Berghen de mi rigor.
No quedó lejos la ronda.
—¡Tarde llegué á conocellos!—
Daré esta noche con ellos
aunque el diablo los esconda.
EBOLI. Y en una prision oscura
lloren...
FELIPE. (Moviendo la cabeza.) ¡Pueden darme guerra!
Cuatro paladas de tierra
son la cárcel más segura.
¡Me han herido en lo profundo
del corazon! ¡Los sentencio
á muerte!...
EBOLI. Señor...
FELIPE. ¡Silencio!
Ya no caben en el mundo.

ESCENA XII.

CISNEROS, CATALINA.

CISN. (Lleno de júbilo.)

¡Bien, muy bien!—¿No has conocido
á ese hombre?...

CAT. No, y me da espanto.

CISN. ¡Es el rey!...

CAT. (Aterrada.) ¡El rey!... ¡Dios santo!
El príncipe está perdido.
Oh, corre á avisarle...

CISN. (Con acento desdeñoso.) ¿Yo?

CAT. Le amenaza un fin siniestro.
¡Anda! No tardes...

CISN. (Con amargura.) Á nuestro
padre nadie le avisó.
Nadie á don Cárlos de Sesa
dió amparo...

CAT. (Fuera de sí.) Pero ¿y la ley
que debes?...

CISN. (Resueltamente.) Quiero que el rey
cumpla su impía promesa.

CAT. ¡Oh, ten piedad!

CISN. No soy hombre
que dé su ofensa al olvido.
Recuerda que hemos perdido
patria, hogar, familia y nombre.

CAT. Al príncipe no le alcanza
la culpa...

CISN. ¿Te compadeces?
¡Necia! gozar no mereces
del placer de la venganza.
No cederé si se empeña
el cielo. Soy testarudo
como el rey...

CAT. (Fuera de sí.) ¿Qué haré?

CISN. Le ayudo
á llevar el *Haz de leña*.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Dormitorio del príncipe D. Cárlos. Muebles de la época. Lecho oculto con ámplias y ricas colgaduras. Puerta grande en el fondo que comunica con la antecámara, grande y espaciosa. Dos puertas laterales Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE de LERMA y D. RODRIGO de MENDOZA, gentiles-hombres del príncipe, CISNEROS apartado y como dormitando.

MEND. Tarda su Alteza...
LERMA. ¿Quién sabe
dónde andará?...
MEND. Apuesto doble
contra sencillo, á que pierde
en aventuras la noche.
Cuando no ha vuelto á palacio...
LERMA. Es posible. Pero ¿en dónde
y con quién? Sabeis que solo
con ese bribon las corre,
(Señalando á Cisneros.)
y Cisneros hace rato
que le espera...
MEND. Mudo, inmóvil,
dormido...

LERMA. Me dan impulsos
de emprender con él á golpes.
MEND. ¿De veras? Pues es deseo
que tambien me reconcome.
Desde que el príncipe trata
con él, es todo desórden
y confusion. No parece
sino que el seso le sorbe.
LERMA. Escuchad.—Estamos solos.—
Nadie nos ve, y pues el gozque
se mete entre los lebreles,
¿quereis que pague su escote?
Unos cuantos cintarazos
le vendrán como de molde.
¿Qué decis?
MEND. ¡Que es brava idea!
No nos detengamos.
LERMA. (Llamando á Cisneros.) Oye,
bergante...
CISN. (Despertándose.) ¿Es á mí?
LERMA. ¿Lo dudas?
CISN. (Repriméndose.)
Sí tal: no es ese mi nombre.
LERMA. Pero es tu oficio...
CISN. (Estos mozos
llevan malas intenciones.
Vamos con tiento.) ¿Qué quieren
vueseñorías?
MEND. Que tomes
la puerta, y mañana mismo
dejes por siempre la córte.
CISN. (Tranquilamente.)
¿Lo manda el rey?
LERMA. No.
CISN. ¿Su Alteza?
LERMA. Tampoco.
CISN. ¿Quién manda entónces?
LERMA. Quien puede.
CISN. (Con desden arrellanándose en el sitial.)
No me persuade
la razon.
LERMA. ¿No? Pues disponte

á llevar, pese á quien pese,
más palos que un galeote.

CISN. (Con calma.) ¿Y quién va á dármelos?

MEND. Yo.

LERMA. Yo tambien. No más histriones
que los alcázares régios
con su presencia deshonren.

MEND. ¡Fuera bellacos!

CISN. (Levantándose irritado.) ¡Por Cristo!

LERMA. ¿Qué? ¿Te rebelas?

CISN. (Recobrando su sangre fria y sentándose de nuevo.)
Señores,
tengamos en paz la fiesta.

LERMA. Pues escúchame y escoge.
Ó pones tierra por medio,
y con tal arte la pones
que no se sepa siquiera
el lugar en que te escondes,
ó por Jesucristo vivo,
que si te niegas indócil,
he de forrar con tu cuero
los asientos de mi coche.
¿Qué decides?

CISN. (Sin cambiar de postura.) Bastarian
esas corteses razones
para que yo me quedara,
á pesar de todo el orbe.

MEND. ¿Eso dices?

CISN. Eso digo.

MEND. ¡Eh! no más contemplaciones.

CISN. Si teneis prisa, salgamos,
que con dos y hasta con doce
como vosotros me atrevo.

LERMA. (Con tono irónico.)
¡Cuidado! No te alborotes.
¿Pensará este mal nacido,
porque goza altos favores,
que puede medir sus armas
de igual á igual con los nobles?

CISN. (Alterado.) ¡Oh!

LERMA. No sabes que tu oficio
bajo y ruin, infame y torpe,

como á leproso te aparta
del trato humano? Responde.

CISN. ¡No me humilleis!...

LERMA. ¡Es difícil
empresa! No te conoces.
No alcanzarás en tu vida
la estimacion de los hombres;
te negarán, cuando mueras,
sus preces el sacerdote,
la religion, sepultura...

CISN. Pero no sus resplandores
la fama.

MEND. ¡Triste consuelo!

CISN. Que no tendreis, aunque agobien
vuestros huesos olvidados,
mármoles, jaspes y bronces.

LERMA. ¡Acabemos! ¿Has creido
tener por competidores
á dos caballeros?

CISN. (Con burlona humildad.) Ruego
á usía que me perdone...

LERMA. No tengo á manos la cincha
de un rocin, que nadie monte
ya, por inútil y viejo,
para derrengarte á azotes;
pero, en cambio, con el pomo
de mi espada, aunque te honre,
he de molerte los huesos,
histrion!

CISN. (Con fria resolucion empuñando la daga; pero sin desenvainarla.)
¡Ay! del que me toque!

MEND. (Asombrado.)
¡En palacio!...

CISN. ¡Qué en palacio!
En la iglesia, si hay quien ose
ponerme la mano encima...

LERMA. (Avanzando hácia él.)
¿Y esto toleramos?...

ESCENA II.

DICHOS, un UJIER que se interpone entre Lerma y Cisneros cuando aquel se prepara á castigarle.

UJIER. (Entregándole un pliego.) Orden
del rey... (Se retira.)

CISN. (Guardando disimuladamente la daga que ha desenvainado para defenderse.)
(Á buen tiempo llega!)

LERMA. (Leyendo el sobrescrito.)
«Señores gentiles-hombres
de la cámara del Príncipe.»
¿Qué es esto?

MEND. (Impaciente.) Romped el sobre.

LERMA. (Leyendo el pliego en un extremo del salon, desde donde Cisneros no pueda oirlo.)
«Tendreis abierta la entrada
»de la cámara esta noche,
»y suceda lo que quiera
»ni os resistais ni deis voces.
»Conviene al servicio mio
»que nadie en palacio ronde,
»sin que se entienda que en esto
»hay mandatos superiores.
»Preparadlo de manera
»que no se aperciba y note
»quién lo ha dispuesto.—*Yo el rey.*—»
¡Extrañas resoluciones!

MEND. Nuestro deber es cumplirlas.

LERMA. Mas ¿no quereis que me asombre?

CISN. (Observándolos con curiosidad.)
(¿Que pasará?)

MEND. No consiente
el caso más dilaciones,
y ejecutar es forzoso
lo que ordena...

LERMA. Vamos. (Á Cisneros.) Dóite
de plazo hasta el nuevo dia
para que el campo abandones.
Hoy te libras por milagro

de mis manos; pero conste
que si mañana te encuentro...

CISN. (Con resolucion.)
¡Me hallareis!

LERMA. Quizás lo llores.

ESCENA III.

CISNEROS, dejándose caer abatido en un sillon y cubriéndose el rostro con las manos.

¡Desgraciado, desgraciado
de mí! Cuando considero
que he nacido caballero
ilustre, rico y honrado,
y me miro en este estado
tan lejos de lo que fuí,
y mido en mi frenesí
todo el fondo del abismo,
¡oh! me horrorizo yo mismo
del odio que hierve en mí.
¡Odio!... Mas ¿por qué lo siento?
¡imbécil! Mirar debia
con inefable alegría
mi propio envilecimiento.
Él me da vigor y aliento
para que vengarme pueda.
¡Rueda, desdichado, rueda
al precipicio! ¡Ahoga en cieno
todo instinto hidalgo y bueno,
si alguno en tu pecho queda!
¡No tengas clemencia, no!
Sigue tu camino...—Ah, ténte.—
El príncipe es inocente...
—¡Pero tambien lo soy yo!—
No es culpado, no pecó...
—¡Yo tampoco!—Necesito
apagar el hondo grito
de mi conciencia, y no puedo...
—Mas si yo la pena heredo,
¡claro! Él hereda el delito.—
Mi vano escrúpulo cesa:

él representa en el mundo
al rey Felipe Segundo
y yo á don Cárlos de Sesa.
¡Hijo por padre! La empresa
es árdua, mas no desmayo.
(Con profunda melancolía.)
¡Esta comedia que ensayo
me desgarra el corazon! (Vacilando.)
Y es que al cabo...
(Como queriendo alejar de su pensamiento las sombrías ideas que le asaltan.)
¡Maldicion!
¿Por qué no me mata un rayo!

ESCENA IV.

CISNEROS, sentado y ocultando su cara con las manos. DON CÁRLOS.

CARLOS. (Acercándose y tocando á Cisneros en el hombro.)
¡Cisneros!
CISN. (Alzando la cabeza.) ¿Señor?
CARLOS. ¿Dormías
por ventura?
CISN. Me rendí
cansado al sueño...
CARLOS. ¿Y así
cumples las órdenes mias?
¿De esta manera me apoyas?
CISN. Perdonad: todo está listo.
CARLOS. (Con alegría.)
¡Esto es decirme que has visto
á Ossorio, mi guardajoyas!
CISN. Sí, señor...
CARLOS. Merece albricias
tu diligencia. Contento
estoy...
CISN. Yo no, porque siento
no daros buenas noticias.
CARLOS. (Inquieto.)
¿Qué dice? ¿Qué ha sucedido?
CISN. ¡Mala estrella os acompaña,

señor! Los grandes de España
á quien habeis acudido,
con estudiado respeto
se excusan...

CARLOS. (*Con abatimiento.*) ¡Oh suerte mia!
¡Suerte cruel!

CISN. Juraría
que han sospechado el objeto...

CARLOS. (*Irritado.*)
¡No lo creas! Son avaros.

CISN. Con crecidos intereses
sólo algunos ginoveses
se han atrevido á prestaros...

CARLOS. (*Animándose.*)
Pero ¿hay dinero?...

CISN. Del modo
que os digo.

CARLOS. ¡El alma me has vuelto!
Ya sabes que estoy resuelto,
resuelto á intentarlo todo.
¡Aunque pidan la mitad
del reino, apruebo el contrato!
¿No comprendes que rescato
mi vida, mi libertad?
Salga yo del calabozo
donde mi alma se enmohece,
y en Flándes ya... ¡Oh, me parece
que va á asesinarme el gozo!

CISN. ¿Estais decidido?

CARLOS. Sí.

CISN. ¿No desistireis?

CARLOS. ¡Me enfada
la pregunta!

CISN. Es arriesgada
la empresa...

CARLOS. ¡Es digna de mí!

CISN. Engañan en ocasiones
tan altivos pensamientos.

CARLOS. Para los grandes intentos
son los grandes corazones.

CISN. Miradlo bien...

CARLOS. (*Gozosamente.*) ¡Qué aturdido

mi padre se va á quedar
cuando sepa, al despertar,
que el pájaro huyó del nido!
¡Será divertido paso!...
¡Qué lances! ¡Qué alternativas!
—Quiero que en Flándes escribas
una comedia del caso.
Represéntale mohino
y espantado de la treta.
Porque la burla es completa.
¿No te parece?...

CISN. (*Con amargura.*) (¡Es su sino!)
Sí tal...

CARLOS. ¡He estado con él!

CISN. ¿Con el rey habeis hablado?
¿Dónde?

CARLOS. En la fiesta que ha dado
la reina doña Isabel.
Pensé y me dije:—Es forzoso
ir allá. Si yo faltara,
posible es que sospechara
el rey, siempre receloso.—
Fuí, pues, al régio aposento:
allí estaba, á él me acerqué,
que me vió llegar, no sé
si sorprendido ó contento.
Sé que, avanzando hácia mí,
con blando acento me dijo:
—¿Quizás me buscabais, hijo?
—Sí, señor, le respondí.
—¿Teneis algunos secretos
que contarme?—Y yo, con dolo,
contesté:—Vengo tan sólo
á ofreceros mis respetos.—
Siguió la conversacion,
y con mil frases compuestas
hícele vagas protestas
de cariño y sumision.
No fueron mal escuchadas...

CISN. Pero vos...

CARLOS. ¡Ay! yo sentía
algo que en mí se reía

con siniestras carcajadas.
Despidióse á poco rato,
y dijo, templando el ceño:
—Dios os dé tranquilo sueño.
¡Dormid bien!—¡Sí; de eso trato!—
Cumplir sus órdenes quiero.
Á su voz me dormiré.
Sólo que despertaré
en Flándes, terrible y fiero.
¡Con qué lentitud la ahuja
marca los instantes!... ¡Oh,
qué impaciencia!...

CISN. (Contestando á sus propias ideas.)
(No soy yo:
el hado fatal le empuja!)

CARLOS. ¡Á nueva vida despierta
mi ser! Siento que se enciende..

ESCENA V.

DICHOS, CONDE DE LERMA.

LERMA. Señor, hablaros pretende
una mujer encubierta.

CARLOS. (Sorprendido.)
¿Y quién es esa tapada?...

LERMA. No puedo deciros tanto.
Parece, á través del manto,
llorosa y acongojada.
—Id—me ha dicho—id con presteza:
avisadle por favor,
ved que en esto va el honor
y la vida de su Alteza.—

CARLOS. ¿Eso dijo? ¡Singular
aventura!...

LERMA. Yo temiendo
que algo hubiera...

CARLOS. No lo entiendo.

CISN. (Receloso.) (¿Qué hay aquí?)

CARLOS. Dejadla entrar.

ESCENA VI.

D. CÁRLOS, CISNEROS.

CARLOS. ¿Has oido? Esa mujer
sabe... (*Con ira.*) ¡Luego álguien me vende!
CISN. Mucho el caso me sorprende
y apurarlo es menester.
CARLOS. Será alguna deslealtad.
¡De fijo!
CISN. (*Reflexionando.*) No sé qué os diga.
Bien puede ser una intriga
para inquirir la verdad.
¡Dama encubierta á estas horas!...
CARLOS. En mil dudas me confundo.
CISN. Pues recordad que en el mundo
hay sirenas tentadoras.
CARLOS. ¿Temes?...
CISN. No hay hombre discreto
ante una ardiente pupila.
Sanson entregó á Dalila
su vida con su secreto...
CARLOS. (*Alterado.*) ¡Por Cristo! Si esto es así,
que á esa mujer daré muerte.
CISN. (*Meditando.*) (¿Quién del peligro le advierte?
Pensemos...)

ESCENA VII.

DICHOS, CATALINA, con manto.

CAT. (*Deteniéndose con indefinible angustia en el umbral de la puerta, al ver á su hermano.*)
(¡Mi hermano aquí!)
CARLOS. (*Ásperamente.*) Ya estais, señora, servida.
¿Qué quereis?
CAT. (*Atribulada.*) (Sálveme Dios!)
CARLOS. ¿Qué secretos sabeis vos
que en riesgo ponen mi vida?
¡Hablad, os digo!

(Impacientándose ante el obstinado silencio de Catalina.)

¿Estais muda?
Ved que mi cólera estalla.

CAT. (Sollozando.)
(¡Ay de mí!)

CISN. (Solloza y calla...
Si el rey acaso... No hay duda!...)

CARLOS. (Más alterado.)
¿Pretendeis volverme loco?

CISN. (Respondiendo á sus sospechas.)
(Le ataja en sus extravios.)

CARLOS. (Á Catalina.)
Ya que no hableis, descubríos.

CAT. (Desfalleciendo.)
(¡Estoy perdida!)

CARLOS. ¿Tampoco?
Pues juro que os he de ver,
y que con mi propia mano...
(Acércase violentamente á Catalina con ánimo de arrancarla el manto.)

CAT. (Dícele rápidamente, en voz baja.)
Mirad que observa mi hermano!

CARLOS. (Reconociéndola.)
¡Ah!

CAT. (Suplicando.) ¡Por piedad!

CARLOS. (Apartándose.) ¿Qué iba á hacer?
¡Sólo el intento me infama!
Poca hidalguía demuestra
quien pone osado la diestra
en el rostro de una dama.
(A Cisneros.)—Déjanos.

CISN. Os aconsejo
que si á preguntar se mete...

CARLOS. Quiere hablarme á solas. Vete
y vuelve pronto.

CISN. (Con desconfianza.) Ya os dejo.

ESCENA VIII.

D. CÁRLOS, CATALINA.

CAT. (Dejándose caer en un sillon, deshecha en lágrimas y descubriéndose.)
¡Dios mio!
CARLOS. (Calmándola.) Segura estás.
Mis arrebatos perdona.
CAT. ¡Ay! el valor me abandona.
¡No puedo, no puedo más!
Invádeme mortal frio.
CARLOS. Pero ¿qué causa te inquieta?...
CAT. ¿Por qué la fuerza secreta
que dirije mi albedrío,
impulsándome á cruzar
entre mortales porfías,
por calles, ménos sombrías
que mi angustia y mi pesar,
¿por qué me falta? ¡ay de mí!
Explicármelo no puedo.
Sólo sé que tengo miedo,
miedo de encontrarme aquí.
CARLOS. ¡Vamos! Enjuga tu llanto.
Ese temor que te oprime
desecha...
CAT. No acierto...
CARLOS. Y dime
la razon de tu quebranto.
Muy grande debe de sér
cuando te arroja á este extremo.
CAT. (Pasándose las manos por la frente.)
Y ya me olvidaba... ¡Temo
que el juicio voy á perder!
CARLOS. El tiempo apremia...
CAT. (Desolada.) ¡Ah, señor,
aún no lo sabeis bastante!
Ved al rey, vedle al instante;
confesadle vuestro error.
CARLOS. ¿Juzgais que soy tan cobarde?
CAT. Es peligroso el retraso.

Id, no os detengais. ¡Acaso
mañana será muy tarde!
Os lo suplico...

CARLOS. (Sorprendido y aterrado.) ¿Qué es esto?
Algo de extraño y horrible
sabes. ¡Habla!

CAT. ¡Es imposible!

CARLOS. ¡Habla, mujer, habla presto!
¿Á qué conduce ocultar
la verdad?—¿Lloras? ¿No quieres?—
¡Vive Cristo! Estas mujeres
no saben más que llorar.
Alguno me hace traicion;
alguno faltó al sigilo
de mi empresa... ¡Dilo, dilo,
y no tendré compasion!
¿Quién es? ¡Dudas? ¿Te estremeces?

CAT. (Agitada.)
¡Ay!

CARLOS. Disimulas en vano.
Te has descubierto. ¡Es tu hermano,
tu hermano!...

CAT. (Espantada.) ¡Jesús, mil veces!

CARLOS. Él mi proyecto vendió
con infame alevosía.

CAT. (Con ardor.)
Pues si eso fuera ¿vendria
á descubríroslo yo?

CARLOS. ¡Con mis sospechas batallo!

CAT. (Si revelo mi secreto
á mi hermano comprometo,
y al príncipe si lo callo.
¿Hay mujer más desdichada?)

CARLOS. No ocultes mis desventuras...

CAT. Si nada sé...

CARLOS. ¿Me lo juras?

CAT. Os digo que no sé nada.

CARLOS. Entónces ¿cómo se explica
tu angustiosa incertidumbre,
y esa mortal pesadumbre
que te abruma y mortifica?
¿Ni qué pretexto ú excusa

odrán encontrar ahora
esta venida á deshora,
este llanto que te acusa?
¿Con qué míseras patrañas
vienes á anunciar mi ruina?

CAT. (Confusa.)
Yo...

CARLOS. Me engañas, Catalina,
me engañas...

CAT. ¡Señor!

CARLOS. ¡Me engañas!

CAT. (¿Qué hacer en trance tan fuerte?)
¡Ay, os digo lo que siento,
y si sospechais que miento
dadme por favor la muerte.
El alma me dice á voces
que vais mal, que estais perdido.
¡Si supierais! He tenido
presentimientos atroces.
Os he visto en lucha interna
llorar solitario y preso,
abrumado bajo el peso
de la maldicion paterna.
Y en lo oscuro porvenir
han visto las penas mias
dolorosas agonías,
¡y me he sentido morir!
Y vengo á veros...

CARLOS. No llores.
Ni me juzgues tan pequeño
que desista de mi empeño
por mujeriles temores.
Desde el dia en que te ví,
—¡bendígale Dios mil veces!—
tal crédito me mereces
que ántes dudara de mí.
Dime si sólo el deseo
de salvarme te ha movido
á venir aquí...

CAT. (Con ansiedad.) ¡Eso ha sido,
señor!...

CARLOS. Dímelo y te creo.

Que no hay razon que despierte
tus terrores, que son vanos...
Pero mira que en tus manos
tienes mi vida ó mi muerte.
—Dime la verdad.—

CAT. (Incierta.) (¿Qué hacer?)
¡Quereis que me vuelva loca?
¡Creedme! No se equivoca
mi corazon de mujer.
Me lo dicen sus latidos,
que de zozobra me llenan;
¡que dentro de mí resuenan
como angustiosos gemidos!

CARLOS. ¿Pero es temor nada más?

CAT. ¿No veis que de espanto muero?

CARLOS. Pues no desisto: ni quiero
ni puedo volverme atrás.
Hombre soy, espada ciño
y mi palabra empeñé.
Pero nunca olvidaré
tu adhesion y tu cariño.

CAT. (Desesperada.)
¡Ay! señor...

CARLOS. Nada me adviertas.
—En tí la fe se acrisola.—
Vuelve á tu hogar... mas no sola
por esas calles desiertas.
Juan Iniesta, mi criado,
podrá servirte de guia. (Enternecido.)
—¡Pobre Catalina mia,
qué sustos habrás pasado!—

CAT. ¡Señor, mirad lo que haceis!
De rodillas os lo ruego!

CARLOS. (Prestando atencion.)
Alguno se acerca...
(Empujándola hácia la puerta de la derecha.)
Luégo
saldrás.—Entra.—

CAT. (Resistiéndose.) ¡Que os perdeis!

(D. Cárlos la obliga suavemente á penetrar en la habitacion, cerrando despues la puerta.)

ESCENA IX.

D. CARLOS, CISNEROS.

CISN. Señor, vengo á preveniros,
porque el momento se acerca.
Van á dar las doce.

CARLOS. ¿Viste
si falta?...

CISN. Todo está en regla.
Los caballos preparados,
el dinero en las maletas.
Ya para marchar tan sólo
vuestras órdenes se esperan.

CARLOS. ¡Hora dichosa!—

CISN. Temiendo
yo que la dama encubierta,
prolongando la entrevista,
retrasara vuestra empresa,
he querido adelantarme...

CARLOS. (Receloso.)
Hiciste bien.

CISN. (Con mal disimulada curiosidad.)
—¿Y quién era?—

CARLOS. No quiso quitarse el manto.

CISN. ¡Señal infalible! Es fea.
¿Y conoce por ventura
vuestros proyectos?

CARLOS. (Con fingida indiferencia.) Apenas.
Sabe lo que el vulgo dice:
rumores, vagas sospechas...
¡Nada en suma!

CISN. (Maliciando.) (Juraría
que está engañándome. ¡Alerta!)

CARLOS. Pero ¡asómbrate! Qué cosas
la murmuracion inventa!
(Fijando con atencion su mirada escrutadora en Cisneros.)
Me ha dicho que tengo un Judas
cerca de mí.

CISN. (Dominándose y con aire tranquilo.)

Pues pudiera
ser verdad. ¡Algunos hombres
tienen el alma tan negra!

CARLOS. (Observándole.)
(No se inmuta.)

CISN. (Me descubro
si vacilo.)

CARLOS. (Con intencion.) ¿Á que no aciertas
el nombre que ha pronunciado?

CISN. Difícil es eso!

CARLOS. Prueba.

CISN. ¿Garcí-Ossorio?

CARLOS. No.

CISN. ¿Martinez
de Cuadra?

CARLOS. No.

CISN. Quizás sea
Quintanilla...

CARLOS. No.

CISN. ¿Tampoco?
Pues ya he resuelto el problema.
Soy yo. (Válgame la audacia!)

CARLOS. Has acertado. (No tiembla.)
¿Y qué harías en mi caso?

CISN. ¿Quién pregunta?... Si creyera
en la traicion, mataría
al traidor. ¡Mi daga es esta!
(Ofreciéndosela con resolucion al príncipe.)

CARLOS. (Convencido, rechazando la daga.)
¡Oh, guárdala. Estoy seguro
de tu adhesion. Es completa.
(No me mintió Catalina.
Todas sus zozobras eran
hijas del miedo.)

CISN. Lo dicho,
dicho. No me duelen prendas.
(Por milagro me he escapado.
¿Qué pasa aquí, y quién es ella?)

CARLOS. Oye: preciso es que aguces
el seso. Mendoza y Lerma
vendrán á ver si descanso.
Entreténlos como puedas.

Yo me acostaré vestido,
y para que nada adviertan
conviene...

CISN. Perded cuidado:
eso de mi cargo queda.

CARLOS. Despues, ántes de marcharnos,
irás á buscar á Iniesta
mi criado...

ESCENA X.

DICHOS, LERMA, MENDOZA.

CARLOS. (Viéndoles.) Entrad, señores.
Entrad...

LERMA. Si tiene su Alteza
algo que ordenarnos...

CARLOS. (Con fingida alegría.)
¡Vive
Dios! Se me ocurre una idea.
Para que durmamos todos
sin temor y sin que vengan
á turbar nuestro reposo
los sueños que el tedio engendra,
¿no os parece que podría
el bueno de Alonso, mientras
me desnudo, recitarnos
algun lance de comedia?

MEND ¡Por Dios! que está bien pensado.

CISN. Mas Vuestra Alteza comprenda
que de pronto y sin...

CARLOS. ¿Te apuras
por eso. ¡Di lo que quieras!

CISN. No sé cómo...

LERMA. (Con intencion.) Haz á lo vivo
un buen paso. Representa
los terrores, las zozobras,
los sobresaltos y penas
de algun pícaro...

MEND. (En el mismo tono.) Esa gente
es de tu gusto.—

LERMA. Que espera,

porque se lo han ofrecido,
perder entrambas orejas.

MEND. ¡Bah, las orejas! Es poco.
¿No será mejor que tema
perder la vida...

CISN. (*Furioso.*) (¡Me hostigan!
Viven los cielos!...)

CARLOS. ¿No empiezas?

CISN. Recordaré por serviros
algo de la farsa nueva
que estoy ensayando...

CARLOS. ¿Tiene
buena invencion?

CISN. ¡Oh, muy buena!

LERMA. ¿Y qué argumento es el suyo?

CISN. Un hombre ruin que apalea
á cierto hidalgo atrevido.

LERMA. ¿Será á traicion?

CISN. ¡Buena es esa!
¡Cara á cara! Porque el mozo
es de un alma tan resuelta
que no ha conocido el miedo.

LERMA. ¿Y sufre en calma la ofensa
el hidalgo?

CISN. (*Con desprecio.*) Bah! El hidalgo
tiene más larga la lengua
que la espada...

LERMA. (*Irritado.*) (¡Vive Cristo!)

CISN. Para que el caso se entienda,
expondré en pocas palabras
lo que la fábula encierra.
—El villano, que es casado,
sabe que el noble corteja
á su mujer, se apercibe,
busca la ocasion, la encuentra;
de acuerdo con el marido
cítale la esposa, llega
el hidalgo echando chispas...

CARLOS. ¡Y el lance entónces se encrespa!
¡Bien, muy bien! Mientras me acuesto
puedes recitar la escena
más divertida.

(Dirígese al lecho no permitiendo que le acompañen sus gentiles-hombres, y corre las cortinas.)

Señores,
muy buenas noches...

CISN. ¡Comienza
la farsa! ¡Atencion!

LERMA. (Te juro
que habrás de llorar la fiesta.)

CISN. (Declamando.)
Quiere robarme el hidalguillo á Menga.
Va á venir esta noche... ¡Pues que venga!
¡Ay! si ya me parece que le veo
asomar, retozándole el deseo,
buscar á mi mujer para el regalo,
pedir un beso... y recibir un palo.
¿Un estacazo nada más? Es corta
racion. Daréle ciento. ¿Qué me importa
si ambos pagamos la funcion á escote?
Él pondrá las costillas, yo el garrote.

CARLOS. (Entre las cortinas.)
¡Bien, Cisnerillos, bien!

CISN. (Recitando.) Busca á mi esposa,
que es para su apetito miel sabrosa,
y no sabe que guardo la colmena...
¡Zángano! ¡Dios te la depare buena!
(Mirando de hito en hito á Lerma y Mendoza con aire provocativo.)
¡Pues qué! ¿Para vengarse los villanos
no tienen lengua, corazon y manos?

LERMA. (Á Mendoza.)
(¡No ví mayor osadía!
¿Estais oyendo? ¡Nos reta!...)

CISN. (Suspendiendo el recitado.)
Suena en esto una palmada
en la calle, Brito presta
atencion...

CARLOS. Será el galan
que sin duda hace la seña...

CISN. Eso mismo.

CARLOS. (Impaciente.) Sigue, sigue,
que ya el lance me interesa.

CISN. (Recitando.)

Tal vez es la impaciencia con que espero;
pero jurara que se acerca... Quiero
recibir dignamente á la hidalguía...

(Aparecen en este momento en la antecámara el príncipe de Éboli, el Duque de Sesa y el prior Don Antonio de Toledo.)

CISN. (Viéndolos aproximarse lenta y sigilosamente, recita en voz baja.)

¡Cayó en la trampa! ¡La partida es mia!

(Detrás de aquellos señores entran Santoro y Bernate, éste con algunas erramientas de cerrajería, D. Diego de Acuña con un hachon, y el último Felipe II. Todos deben avanzar con el mayor silencio.)

CISN. (Siempre recitando en voz baja, pero con intencion.)

Apagaré la luz y no haré ruido.
Ya llega... ya está aquí...

(Viendo entrar al rey en el dormitorio.)

¡Ya está cogido!

ESCENA XI.

D. CÁRLOS, en el lecho, CISNEROS alejado, LERMA y MENDOZA, vueltos de espaldas á la puerta de entrada, FELIPE II y su comitiva.

El rey se adelanta hácia la cama del príncipe, recoge algunas armas colgadas al lado del lecho, entregándoselas á Santoro. Lerma y Mendoza reparan en él y quedan como petrificados por la sorpresa. Pausa.

CARLOS. (Acostado en el lecho, notando el prolongado silencio de Cisneros.)

¡Prosigue, prosigue! El caso...

(Felipe II descorre las cortinas y se presenta á su hijo, que salta aterrado del lecho.)

Ah!

FELIPE. No os asusteis.

CARLOS. (Alterado.) ¿Qué intenta
Vuestra Majestad? ¿Matarme
ó prenderme?

CISN. (Mirando al rey con reconcentrada ira.)

(¡Al fin me vengas!)

FELIPE. (Reposadamente á su hijo.)
No os quiero matar.

CARLOS. (Fuera de sí y corriendo á buscar sus armas, ántes recogidas por el rey. El príncipe de Éboli le detiene.)
¡Oh triste
de mí!...

EBOLI. (Sujetándole.) ¡Señor!...

CARLOS. (Forcejeando.) ¡Suelta, suelta!
—Dejadme morir...

FELIPE. Calmaos.
Cuanto dispongo es por vuestra
seguridad.

CARLOS. (Arrojándose á los piés del rey con la más viva desesperacion.)
¡Suerte ingrata!
—Señor, no os pido clemencia,
que ceder á la desdicha
menguado y cobarde fuera.
Tan sólo la muerte os pido.
¡Dádmela! Porque me pesa
esta miserable vida
de humillacion y vergüenza.

FELIPE. (Alzándole del suelo y con tono grave, pero apacible.)
¡Mirad quien sois! Tened calma.
(Á los señores de su comitiva.)
Id y coged con presteza
cuantas armas y papeles
guarde el príncipe.

CARLOS. ¡Esa ofensa!...

FELIPE. ¡Lo mando yo!
(El príncipe de Éboli, obedeciendo al rey, se dirige hácia el cuarto donde está oculta Catalina.)

CARLOS. (Interponiéndose.) No consiento...
¡Atrás! ¡Ay del que se atreva
á pisar estos umbrales!

EBOLI. (Tratando de persuadirle.)
Pero ved...

FELIPE. (Interrumpiéndole.) No le hagais fuerza.
Iré yo mismo.—Id mirando,

Santoro, puertas y rejas.

ESCENA XII.

TODOS, ménos FELIPE II.

D. Cárlos se deja caer abatido en un sillon. Cisneros le contempla en silencio.

MEND. (Ap. á Lerma.)
¿Habeis visto?
LERMA. Cuando el mundo
el grave suceso sepa
se estremecerá de espanto.
MEND. Es verdad. ¿Quién lo creyera!
CARLOS. (En un movimiento de ira.)
¡Oh! ¿Por qué no se desploma
sobre mí el cielo?...
CISN. (Observándole.) ¡Flaqueza
indigna! ¿Pues no me aflige
mi venganza satisfecha?

ESCENA XIII.

DICHOS, FELIPE II, CATALINA, con manto, conmovida y sin poder apenas sostenerse.

FELIPE. (Á Catalina.)
Acaso sienta despues
no haber tu ruego atendido.
CISN. (Reparando en ella.)
(¡La mujer que me ha vendido!...
¿Y no he de saber quién es?)
FELIPE. (Con tristeza.)
Desoyó tu voz amiga...
CAT. (Señalando al príncipe.)
Ved cuánto sufre... ¡Piedad,
señor!...
FELIPE. (Gravemente.) Basta!
(Al príncipe de Éboli.) Acompañad
á esta dama á donde os diga.
Perdono por la intencion

la imprudencia...

CAT. (Siempre con la vista fija en D. Cárlos, desconsolada y vacilante.)

¡Cuánto llora!

(Al pasar por cerca de Cisneros, éste, que debe haber ido descendiendo hasta colocarse en primer término, dice á su hermana con voz fingida y tono amenazador.)

CISN. ¿Sabes tu suerte, traidora?

CAT. (Vencida por la emocion se desmaya, y al caer, descubre el rostro. El príncipe de Éboli la recoge en sus brazos. Algunos caballeros de la comitiva rodéanla con curiosidad é interés.)

¡Ay!

CISN. (Horrorizado.) ¡Mi hermana! ¡Maldicion!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una de las habitaciones de la cámara del príncipe. Puerta en el fondo, dos á la izquierda, y á la derecha dos balcones con grandes cortinas. Bufete en el centro y tres sillones. El del medio con las armas reales en el respaldo.

ESCENA PRIMERA.

PRINCIPE DE ÉBOLI, CISNEROS, CATALINA á un extremo.

EBOLI. Esto el rey ordena y quiere.
CISN. Pues se hará como lo manda
su Majestad...
EBOLI. Así espero.
Encargado de la guarda
del príncipe, me parece
toda vigilancia escasa.
CISN. No huelgan las precauciones:
tanto el dolor le quebranta,
que lo digo con profunda
pena, su salud se estraga.
EBOLI. Segun el docto Olivares,
que de órden del rey le trata
y asiste, de dia en dia
su mal estado se agrava.
Es tan activa su fiebre,
que si pronto no se ataja

pondrá en peligro su vida.

CISN. Es verdad.

EBOLI. Esto declara
la ciencia...

CISN. Pues imagino
que el príncipe lleva trazas
de hacer difícil la cura,
si de sistema no cambia.
Sus desarreglos son tales,
que á pesar de su cristiana
condicion, á veces creo
que la existencia le cansa.
Sus excesos...

EBOLI. Tú, á quien oye
con algun reposo y calma,
podrias...

CISN. ¡Ay, cuando el fuego
de sus iras se desata,
sólo una voz le apacigua,
la voz de mi pobre hermana.

EBOLI. Por eso el rey, convencido
de ese influjo y de que nada
hay en él que menoscabe
los respetos de su casa,
ha dispuesto que en palacio
vivais...

CISN. ¡Ay, señor, qué amarga
satisfaccion! En la córte
enemigos no me faltan...

EBOLI. El rey os honra y protege.

CISN. Es verdad, pero no basta.
Por ella sólo lo siento,
que por mí... (Señalando á su hermana.)

EBOLI. Si álguien osara
ofenderla, perdería
del soberano la gracia.

CISN. (Resignándose.)
Su Majestad lo dispone,
y yo...

EBOLI. La junta nombrada
para investigar los hechos
de esta empresa temeraria...

CISN. Pero ¿el rey quiere que juzguen
á su Alteza?

CAT. (Saliendo de su abatimiento.)
¡Dios me valga!
¿Qué dices, hermano? Si esto
es imposible...

EBOLI. (Severamente.) El monarca
para administrar justicia
sólo tiene una balanza.

CAT. (¡Ay, mi valor desfallece!...)
¿Y á qué personas encarga...

EBOLI. El Cardenal Espinosa
es presidente...

CAT. (Exaltándose.) ¡Esto clama
á Dios! El mayor contrario
del príncipe...

CISN. (Asustado, á Éboli.)
¡Perdonadla!

EBOLI. Porque conozco que el celo
á tal exceso la arrastra,
olvidando mis deberes,
no pongo coto á su audacia...

CAT. Pero ved...

EBOLI. —¡Silencio, digo!—
Excusad necias palabras.
(Á Cisneros.)
Dentro de poco cumpliendo
las órdenes soberanas,
el Cardenal Espinosa
vendrá conmigo á esta estancia.
Díselo.

CAT. Pero si llega
su Alteza á saber la causa
¿no comprendeis?...

EBOLI. (Secamente.) Esto quiere
su Majestad.

ESCENA II.

CISNEROS, CATALINA.

CISN. (Alterado.) ¡Desgraciada!

¿Qué te propones? ¿Qué intentas?

CAT. (Con amargura.)
¡Y me lo preguntas?

CISN. ¿Tanta
es tu pasion que no puedes
siquiera disimularla?

CAT. Harto ha dormido en mi pecho
escondida y solitaria.
¡Ay! Cuántas noches de insomnio
he pasado! ¡Cuántas, cuántas
oculto llanto he vertido
sin que tú lo sospecharas!
—¿Qué haces, loca?—Me decia
llena de zozobras.—Amas
un vago sueño, una sombra,
un imposible que mata.
Arráncale de tu pecho.
¡Arráncale!—Y yo, agitada,
á su influjo resistía;
mas ¿cómo huir de las garras
de este amor que me trastorna
¡ay! si le llevo en el alma?

CISN. (Con angustia.)
¡Es verdad! Estaba ciego,
ciego por mi mal estaba!

CAT. ¡Sí, bien dices! Dominado
por ese afan de venganza,
que oscurece tus sentidos,
y te envilece y te infama,
no conociste mis penas,
no penetraste mis ansias...

CISN. (Desesperado.)
¡Bien el cielo me castiga!

CAT. ¡No viste, no viste nada!

CISN. ¡Maldiga el cielo la hora
en que le hablaste!...

CAT. ¡Malhaya
el momento en que le trajo
á nuestro hogar la desgracia!
¿Por qué razon misteriosa,
que no se explica y me espanta,
causó en nuestros corazones

sacudidas tan contrarias?
CISN. ¡Ambas mortales!
CAT. Bien dices,
hermano; mortales ambas.
En tí el odio, en mí el amor,
¡pero amor sin esperanza!
CISN. (*Con acerbo dolor.*)
Es que yo he debido hacer
lo que he hecho. ¿No es cierto?
CAT. (*Con indignacion.*) ¡Oh, calla!
CISN. Era justo que tomase
del rey fieras represalias,
que los manes ofendidos
de mi padre apaciguara,
que vengase nuestra afrenta,
que lavase nuestra infamía...
¡Estoy satisfecho!
CAT. (*Con ira.*) ¡Mientes!
CISN. (*Con decaimiento.*)
¡Ay, es verdad! Ténme lástima!
Mas ese amor, Catalina,
te mancilla...
CAT. Pura y casta
puedo levantar mi frente.
CISN. Lo sé. Pero si intentara
el príncipe...
CAT. ¡Nada sabe!
CISN. ¡Infeliz, cómo te engañas!
Tú, que cediendo al influjo
de esa inclinacion bastarda,
viniste á verle la noche
de su prision; tú, ¡insensata!
¿piensas que no lo adivina?
El amor, como la llama,
cuanto más se le comprime
con tanta más fuerza estalla.
Pero aún tiene cura el daño.
Huyamos lejos de España,
¡muy lejos! Donde consigas
olvidar con la distancia
ese amor desesperado...
CAT. (*Con desaliento.*)

¿Olvidar! Cuando no late
mi corazon...

CISN. No desoigas
mi ruego...

CAT. ¡Súplica vana!
¿Yo renunciar á la dicha
que los cielos me deparan
de compartir su infortunio!
¡Si era cuanto deseaba!
Está enfermo, está oprimido,
y si mi adhesion no alcanza
á evitar sus desventuras,
podrá al ménos consolarlas.

CISN. ¿Y la honra?...

CAT. ¡Yo me defiendo!

CISN. (Fuera de sí.)
¿Qué esperas? dime, ¿qué aguardas?

CAT. (Con resolucion.)
¡Si muere, morir con él,
y salvarme si él se salva!

CISN. (Con viva afliccion.)
¡Triste de mí! He concentrado
mis afecciones más caras
en tí, ¡mi sola familia,
mi dicha, mi honor, mi patria!
y tú, olvidándolo todo,
de tu vil pasion esclava,
cuando te tiendo la mano
sin compasion me rechazas.
¡Ay! al sentir tus rigores
en mi pecho se levantan,
como terribles ensueños,
sospechas mal apagadas.
Y á pesar de tus excusas,
recuerdo la noche infausta
de la prision...

CAT. (Con desprecio.) ¿Y recelas
de mí?...

CISN. ¡Y esta herida sangra!

CAT. Pues si él hubiera sabido
¡monstruo! que tú le engañabas,
¿no ves que te hubiera muerto,

como á traidor, por la espalda?
CISN. ¡Ah! Perdóname. ¡Estoy loco!
Si un sólo recuerdo guardas
de aquel afecto nacido
al calor de nuestra infancia,
por nuestro propio sosiego
huyamos de aquí...
CAT. (Con resolucion.) Te cansas
en vano.
CISN. ¡Te lo suplico
por la memoria sagrada
de nuestro padre!
CAT. Sería,
si cediese, deshonrarla.
CISN. Piénsalo bien, Catalina.
Mira, por Dios, que me apartas
de la salvacion...
CAT. ¡No puedo!
CISN. Mira que sólo desatan
los lazos que nos sujetan
la ausencia... ¡ó la muerte!...
CAT. ¡Oh, basta!
CISN. ¿Estás resuelta?
AT. ¡Y lo duda
todavía!
CISN. (Enternecido.) ¡Ingrata, ingrata!
CAT. (Viendo salir á D. Cárlos.)
¡Silencio! El príncipe...

ESCENA III.

DICHOS, D. CÁRLOS, sin espada, demudado.

CARLOS. ¿Aquí
estabais?
CISN. Si vuestra Alteza
quiere estar solo...
CARLOS. (Con amarga ironía.) ¡Simpleza
como la tuya!
CISN. Creí...
CARLOS. ¡Querer, querer! En verdad
que no he visto majadero

como tú.—¡Yo nada quiero!—
¿Tengo acaso voluntad?
¡Por Dios, la salida es buena!...

CAT. (¡Cuánto sufre el desdichado!)

CARLOS. ¡Querer! Y estoy amarrado
como un perro á su cadena.

CAT. Calmad la viva inquietud
que vuestro espíritu abate.
Ved que este rudo combate
quebranta vuestra salud.
Enfermo estais...

CARLOS. No lo ignoras.
Pero deja que celebre
mi próximo fin... ¡Oh fiebre
que mis entrañas devoras,
con qué profunda alegría
te siento hervir en mis venas!
Tú romperás las cadenas
en que gime el alma mia.
Las puertas me vas á abrir...

CAT. Con lágrimas os lo ruego.
Correis desalado y ciego
á la muerte...

CARLOS. (Extraviado.) ¿Qué es morir?
Morir es no conocer,
guardar cuanto el alma encierra
en dura cárcel de tierra
que nadie puede romper.
Es penetrar el destino
siempre oscuro y agitado.
Es en fin, haber llegado
al término del camino.
¿Qué importa, pues, que sucumba?
—Pero ¿por ventura, es cierto
que áun existo?—¡No! ¡Si he muerto!
Este palacio es mi tumba.
Sólo que Dios compasivo
da la paz al que murió,
y yo sufro mucho... ¡Y yo
estoy enterrado vivo!

CISN. (¡Esto me horroriza!...)

CARLOS. Sí.

Claro lo dice esa puerta
¡ay! para todos abierta
y cerrada para mí.

CAT. ¡Qué aciaga suerte la mia!
Diera la mitad del alma
por devolveros la calma
que vuestro espíritu ansía.
¿Qué puedo hacer? Ordenad,
señor...

CARLOS. ¡No llores, no llores!
¡Si estos intensos dolores
anuncian mi libertad!
Miro acercarse el ocaso
de mi vida... ¡Estoy enfermo!...

CAT. (Acongojada.)
Señor...

CARLOS. Sobre hielo duermo,
y no sosiego y me abraso.
Y en el silencio supremo
de mis noches borrascosas,
por las heladas baldosas
ando descalzo y me quemo.
Y no puedo mitigar
mi sed...

CAT. (Llena de dolor.)
¡Oh Dios! ¿Que esto pase?...

CARLOS. ¡No podria, aunque agotase
las olas del hondo mar!
Nada apacigua este interno
ardor, este frenesí...
¿Y cómo, si llevo en mí
todo el fuego del infierno?
Si en este insondable abismo
llevo mi ambicion inquieta
que aprisionada y sujeta
se ha vuelto contra mí mismo.
Mi esperanza malograda
y muerta por la mentira,
que se ha convertido en ira,
¡en ira desesperada!
Mi vivo anhelo de gloria,
cuyo recuerdo me altera...

(Cayendo de codos sobre la mesa y cubriéndose el rostro.)
¡Ay, Dios mio! ¿Quién pudiera
arrancarse la memoria!

CISN. (Confuso y amedrentado al ver la desesperacion de D. Cárlos.)
¡No, no! Me falta el valor.
Preciso es que esto concluya.

CAT. ¿Y por qué? ¿No es obra tuya?
Gózate, hermano!
(En un arranque de ira.) ¡Ah, traidor!

CISN. ¡Vamos de aquí! Te prometo...

CAT. ¡Desdichado, ¿á dónde irás
que no te persiga? Estás
á tu víctima sujeto.

CISN. Huyamos por compasion.
Tengo miedo...

CAT. Es tu castigo.

CARLOS. (Levantándose con la mayor exaltacion.)
Pero ¿quién? ¿Qué falso amigo
se goza en mi perdicion?)
(Aproximándose á Cisneros.)
Tú quizás...

CISN. ¡Por Belcebú!
¿Otra vez?... (Estoy turbado...)

CARLOS. (Desechando este pensamiento.)
¡Imposible! Te he colmado
de favores. ¡No eres tú!
(Cisneros baja la cabeza lleno de vergüenza.)
¿Quién puede ser?...—Bien decías,
Catalina...

CAT. (¡Esto es cruel!)

CARLOS. El corazon te era fiel
cuando mi mal presentías.
¡Si yo te hubiera creido!

CAT. No se abata vuestra Alteza,
porque tambien hay grandeza
en la calma del vencido.

CARLOS. (Desalentado.)
¡Es verdad! ¿De qué me quejo?...

ESCENA IV.

DICHOS, el CONDE DE LERMA.

LERMA. Señor...
CARLOS. (Volviéndose.) ¿Qué quereis? ¿Quién osa?...
LERMA. El Cardenal Espinosa
y otros miembros del Consejo,
piden para entrar licencia...
CISN. (Y yo, que nada le he dicho...)
CARLOS. (Maravillado.)
¡El Cardenal?... Ya es capricho.
¿Y qué busca su Eminencia?
LERMA. Obedeciendo á la ley
y por el bien del Estado...
CARLOS. Ah! comprendo. ¡Es que ha mandado
abrir mi proceso el rey!
(Con desden.)
Id, á mis jueces espero.

ESCENA V.

DICHOS ménos el CONDE DE LERMA.

CISN. (Queriendo explicarle lo que pasa.)
Acaso su Majestad...
CARLOS. (Sin oirle, á Catalina.)
¿Lo ves? No tiene piedad.
No la tiene... ¡Ni la quiero!
Me amaga con el castigo...
CAT. Señor, ¿qué vértigo os ciega?
CARLOS. (Amargamente.)
¿Qué más ventura? Me entrega
á mi mayor enemigo.
CISN. De fijo el monarca ignora...
CARLOS. (Con ironía.)
¡Padre piadoso! Me diste
una vida ociosa y triste.
¡Arráncamela en buen hora!
—¡Oh, dicha jamás soñada!—
Cuando me impongas la muerte

no tendré que agradecerte
nada...

CAT. ¡Qué horror!

CARLOS. (Fuera de sí.) ¡Nada, nada!
Mi vida es pesado yugo,
padre...

CAT. ¡Qué espantosa idea!

CARLOS. Rómpele pronto, aunque sea
por la mano del verdugo.
(Reponiéndose por medio de una transicion brusca.
—¿Qué digo? El verdugo no.—

CAT. (Horrorizada.)
¡Callad!

CARLOS. Esa mano impura
jamás llegará á la altura
en donde me encuentro yo.

CAT. ¿Por qué no teneis piedad
de mí?

CARLOS. (Con ternura.) Tú eres, Catalina,
la única luz que ilumina
mi profunda oscuridad.
Sólo una gracia te pido.

CAT. Decid...

CARLOS. Si juzgado fuera,
no, no consientas que muera
deshonrado, envilecido.

CAT. No llegará esa ocasion.

CARLOS. Mas si llega...

CAT. (Con tono resuelto.) ¡Estad seguro!

CARLOS. ¿Me lo juras?

CAT. (Con solemnidad.) Os lo juro
por mi eterna salvacion.

CARLOS. Pero ya se acercan... ¡calla!

CISN. (Haciendo esfuerzos para llevarse á su hermana, que permanece muda y llorosa.)
¡Oh, vamos!

CARLOS. (Á Catalina.) Sólo en tí fio.

CAT. (Siguiendo á Cisneros.)
¿Qué corazon es el mio
que sufre tanto y no estalla?

ESCENA VI.

D. CÁRLOS, el CARDENAL ESPINOSA, el PRÍNCIPE DE ÉBOL y el licenciado BRIBIESCA, secretario.

CARLOS. Entrad, señores.
CARD. Con pena
nuestro imperioso deber
cumplimos...
CARLOS. (Irónicamente.) ¿Qué habeis de hacer
si el rey mi padre lo ordena?
CARD. No es cosa que satisfaga
la mision...
CARLOS. Ella os permite
tomar al cabo desquite
del lance aquel de la daga.
CARD. Mal me juzgais, segun veo,
y no hay motivo...
CARLOS. Tal vez.
Pero no es bueno que el juez
recuerde agravios del reo.
CARD. En mi rectitud confio.
—Empecemos!—
(Se sienta en el sillon de cabecera, y los demas se disponen á hacerlo en los inmediatos.)
CARLOS. (Al Cardenal.) Estais mal
colocado. Ese sitial
no os corresponde. Es el mio.
CARD. (Levantándose confuso.)
Vuestra Alteza olvida...
CARLOS. No.
Mucho os estimo y venero.
Pero soy el heredero
del reino, y presido yo. (Sentándose.)
CARD. (Humildemente.) Fuera en mí temeridad
resistir...
CARLOS. Tal me parece.
CARD. ¿Permitís, señor, que empiece
la informacion?
CARLOS. (Gravemente.) Empezad.

CARD. Se os hacen cargos muy grandes,
imputándoos el delito
de haber buscado y escrito
á los rebeldes de Flándes;
De haber con esto alentado
la heregía pertinaz,
poniendo en riesgo la paz
de la Iglesia y del Estado;
de haber tenido intencion
de escapar furtivamente
para poneros al frente
de esa injusta rebelion...
CARLOS. ¿Eso es todo?
CARD. Averiguar
debo...
CARLOS. Excusadme el trabajo
de oiros.
(Al licenciado Bribresca.) Poned debajo
que no quiero contestar.
CARD. Mirad que es notable error...
CARLOS. (Sin hacerle caso.) Secretario, acabad luégo
y escribid en otro pliego
esto que os dicto.
(El licenciado Bribiesca escribe.)
CARLOS. (Dictando.) «Señor:
»obediente á vuestra ley,
»pódeis, y no he de ofenderme,
»como padre aborrecerme,
»castigarme como rey.
»El cielo al nacer os dió
»derechos. Hijo y vasallo
»me sujeto á vuestro fallo,
»pero á la ignominia, no.
»Ni perdon ni gracia pido,
»mas recuso una y cien veces
»el tribunal y los jueces
»á que me habeis sometido.
»No es que defienda mi vida.
»Casi desde que nací
»viene siendo para mí
»dura carga aborrecida.
»Y en prueba de que no abrigo

»tan cobarde pensamiento,
»con profundo acatamiento
»ante vos declaro y digo:
»que ansioso de sacudir
»yugo que me es tan pesado,
»es cierto que he conspirado
»y que he pretendido huir.
»Que es criminal este empeño,
»causa de mi rebeldía;
»pero ¡ay Dios! que todavía
»con él vivo y con él sueño.»
(Tomando una pluma.)
Pongo mi firma.

CARD. En conciencia
os digo...

CARLOS. Todo es en vano.
Dadla al rey en propia mano,
y excusad vuestra presencia.
Nada le expongo en mi abono,
todos mis actos confieso.
(Marchándose y con acento desdeñoso.)
Mirad si podeis con eso
dar pábulo á vuestro encono.
(¡Me siento morir!...)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos D. CÁRLOS, despues FELIPE II.

CARD. Señores,
el furor que le trastorna
le hace olvidar el respeto
debido á nuestras personas.

EBOLI. Nuestra competencia niega.
Preciso es que el rey conozca
lo que pasa...

FELIPE. (Entrando.) Por desdicha,
todo lo escuché.

CARD. No hay forma
de vencer su resistencia.

FELIPE. Harto lo he visto y me enoja.
Dadme esa carta y dejadme.

ESCENA VIII.

FELIPE II.

¿Conque es decir que su loca
obstinacion, ni se ablanda
con la piedad, ni se doma
con el rigor? ¿Conque es fuerza
que á mil peligros exponga
el reino, ó que de mi sangre
misma los gritos desoiga?
—¡Señor, á qué duras pruebas
me sujetais! Largas horas
pacientemente he esperado
que alumbrarais su memoria.
¡Vana ilusion! Imposible
deseo! Ni una vez sóla
me ha llamado.—Y cuando intento
ver si la amenaza logra
ponerle en mejor camino,
en este papel pregona
su incurable rebeldía,
que aun vencida, se desborda.—
Es culpado... pero es mi hijo.
(Rompiendo el pliego.)
¡Oh, rompa mi mano, rompa
esta acusadora carta,
no dé con ella la historia.
Tanto su razon confunde
esa ambicion desastrosa,
que nada escucha... ¡Ay, no sabe
lo que pesa una corona!

ESCENA IX.

FELIPE II, CATALINA.

CAT. Aquí el rey... ¡si me atreviera
á suplicarle!...
FELIPE. Me asombra...
(Reparando en Catalina.)

¡Ah!
CAT. Perdonad si confusa,
llena de mortal zozobra,
me atrevo á hablaros...
FELIPE. ¿Qué quieres?
Habla: tu adhesion te abona.
CAT. Pero ¿quién mira impasible
las desventuras que agobian
á su Alteza?
FELIPE. (Con pena.) ¡Él lo ha querido!
CAT. ¡Si viérais, señor, cuán honda
es su amargura! ¡Qué tristes
son sus dias! ¡Qué espantosas
sus noches!... Tenaz dolencia
sus fuerzas destruye y postra,
y como luz sacudida
por ráfagas borrascosas,
su vida se va apagando
entre contínuas congojas.
FELIPE. ¡Él lo ha querido!
CAT. ¡Sí es cierto!
¡Sí es verdad! Pero ¿qué importa?
Cuanto mayor es la ofensa
es más grande el que perdona.
Dios, que es la suma justicia,
busca al alma pecadora...
FELIPE. Pero arrepentida.
CAT. Acaso
lo está...
FELIPE. Díganlo sus obras.
Cuando la oveja perdida
al redil seguro torna,
vuelve humilde y no soberbia,
y en vez de quejarse, implora.
CAT. Tal vez teme vuestras iras...
FELIPE. ¿Y por eso las provoca?
CAT. Está enfermo, sus dolencias
turban su razon que boga
cual desmantelada nave
por las alteradas olas.
¡Y padece tanto... tanto!...
¡Ay, si yo pudiera á costa

de la mitad de mi vida
salvarle...

FELIPE. (*Conmovido.*) Eres buena! Lloras!...
¡Ojalá que tus consejos
seguido hubiera! Mas todas
tus súplicas se estrellaron
en su corazon de roca.
Y hoy mismo cuando le envuelven
de su perdicion las sombras,
como el acero templado
se rompe, mas no se dobla.

CAT. No mireis más que sus penas.
¿Á qué recordar ahora
los pasados extravíos?
Padre sois, ¡misericordia,
señor!...

FELIPE. (*Conmovido.*) ¡Basta!

CAT. ¡Es hijo vuestro!

FELIPE. Él mis reinos alborota.

CAT. ¿Por qué á venceros no alcanzan
mis ruegos? Si se prolonga
su estado...

FELIPE. Como tú misma
por él mi cariño aboga.
Pero el rey está ofendido,
porque conservar le toca
la paz de la monarquía
que está bajo su custodia.
Y mientras el rey no obtenga
pruebas de adhesion notorias,
el padre, ahogando en el pecho
su pena profunda y sorda,
llorará quizás... ¿Quién duda
que llorará? ¡Pero á solas!
—¿Dónde está el príncipe?—

CAT. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) En esa
estancia, quizás esconda
sus pesares...

FELIPE. (*Avanzando.*) Iré á verle.
(*Viéndole aparecer.*)
Mas no es preciso: él asoma.

ESCENA X.

DICHOS, D. CÁRLOS.

CARLOS. (Observándolos.)
(¡El rey con ella!... ¿Qué es esto?)
¿Aquí vos?... (¡Qué recelosa
es la desgracia!...)
FELIPE. ¿Os sorprende?
(Á Catalina.) Déjanos.
CAT. (Llorando.) (¡Dios le socorra!)

ESCENA XI.

FELIPE II, CÁRLOS.

CARLOS. Señor...
FELIPE. Estais alterado.
Nada temais...
CARLOS. (Altivo.) ¿Pues yo tengo
que temer?
FELIPE. (Afectuosamente.) Á veros vengo,
aunque no me habeis llamado.
¿Teneis empeño, por Dios,
en aumentar mis pesares?
El buen doctor Olivares
no está contento de vos.
Desoyendo sus expresos
mandatos, solo y sin guia,
os entregais noche y dia
á perniciosos excesos;
estragais vuestra salud,
y acabareis, si esto dura,
con la vida...
CARLOS. ¿Por ventura,
es vida la esclavitud?
FELIPE. Pídole á Dios con fervor
que os saque de tanto duelo.
CARLOS. Cuentan que mi excelso abuelo,
el glorioso emperador,

contrariando su piedad,
de que el mundo ejemplo toma,
dispuso el cerco de Roma
y prendió á Su Santidad.
Cuando vió bajo su mano
el cayado y la tïara,
rogóle á Dios que librara
al pontífice romano.
Y decia en su simpleza
la plebe alegre y burlona:
—Si reza ¿por qué aprisiona?
Si aprisiona ¿por qué reza?—

FELIPE. (Dominando su indignacion.)
¡Vive Dios, que estais discreto!
El vulgo piensa quizá
que el rey, por serlo, no está
á ley alguna sujeto.
Mil veces, en la fatiga
que el régio oficio ocasiona,
dícele el amor:—¡Perdona!—
y la obligacion:—¡Castiga!

CARLOS. Ni la ley ni la conciencia
quieren implacables jueces.

FELIPE. Mas sí justos. ¡Cuántas veces
es crueldad la clemencia!
¿Qué dijerais en su daño
del pastor que en necio arrobo
tuviera piedad del lobo,
cuando le diezma el rebaño?

CARLOS. Desechad la compasion
del alma. ¡Nada deseo!

FELIPE. (Dominándose difícilmente.)
Tanta altivez en el reo
hace imposible el perdon.

CARLOS. ¿Pues yo, señor, os le pido?

FELIPE. Vuestra audacia me provoca.

CARLOS. Há tiempo sé que me toca
sufrir la ley del vencido.
¡No me es la suerte propicia!

FELIPE. La ambicion os tiene ciego.

CARLOS. ¿Qué más quereis, si me entrego
sumiso á vuestra justicia?

Puedo, en el tremendo azar
que me depara la suerte,
padecer, sufrir la muerte.
Pero ¡humillarme! ¡rogar!...
¡sucumbir á los temores
del riesgo á que estoy sujeto!
¡labrar mi infamia!...—¡Yo, nieto
de reyes y emperadores!—
ante el mal que me amenaza
mostrar torpe cobardía...
¡Oh, nunca! Os deshonraría
á vos y á toda mi raza.

FELIPE. (Exaltándose.)
¡Insensato! ¿á dónde vas?
Me espanta lo que profieres.
¿Qué buscas, dime, qué quieres?
¡Soberbia de Satanás!
Airado Dios te abandona.

CARLOS. Es que el honor me ilumina.

FELIPE. Dí, más bien, que te fascina
el brillo de mi corona.
¡Que tanto ese afan te irrite!
Te revuelves, te exasperas
contra tí... ¿Por qué no esperas
á que el tiempo me la quite?
¿Soy inmortal, por ventura?

CARLOS. ¿Y quién á pensar se atreve?...

FELIPE. ¿Temes quizás que me lleve
el reino á la sepultura?
Pero Dios vela por mí.
Nadie ampara tus traiciones.
¡Ni siquiera esos histriones
que has elevado hasta tí!
Tu ambicioso desconcierto
sólo contrarios te crea.
Estás aislado...

CARLOS. (Alterado.) ¡Qué idea
mi razon asalta... ¡Es cierto!

FELIPE. Oh!

CARLOS. Los dejais á mi lado
porque ingratos me han vendido.
¡Tambien ella!

(Con profunda desesperacion.)
¿Habré nacido
sólo para ser odiado?
¡En todos, en todos dolo,
falsedad é hipocresía!

FELIPE. (Fuera de sí.)
¡Este insensato, quería
ser en la perfidia solo!

CARLOS. ¡Sed implacable, cruel!
¡Estoy ansiando el castigo!
—¡Oh dolor! mi último amigo,
el único acaso fiel,
tú matas; pero no engañas!—
—Y mentian!... Y su celo,
su compasion... ¡Siento el hielo
de la muerte en las entrañas!
¡Ay, qué abismo tan profundo
de maldad!—Y no poder
vengarme...—¡Con qué placer
viera desquiciarse el mundo!
¡Estoy preso, y nada puede
mi desesperado encono!...

FELIPE. ¡Oh, callad! Os abandono.
¡No permita Dios que quede
sujeto reino cristiano
á tan fieros extravíos...

CARLOS. ¡Me estoy ahogando!...

FELIPE. (Ciego de ira.) ¡Moríos,
si habeis de ser un tirano!

ESCENA XII.

D. CARLOS, solo,

¡Moríos, dijo... ¡Es verdad!—
—¡Alma incorregible y terca,
cede... ¡No puedo!—Se acerca
la muerte en la oscuridad.
¡Todos en mi desventura
se gozan... ¡Cisneros! Ella!...
—¡Ella! ¡qué asombro! tan bella...
y tan pérfida y tan dura!—

Para su inícua traicion
hay motivo? ¿Qué les he hecho!
Este golpe va derecho
á herirme en el corazon.

ESCENA XIII.

D. CÁRLOS, CATALINA.

CAT. Solo está... Podré saber
si el rey al fin conmovido...
(Se acerca al príncipe con interés.)
CARLOS. (Rechazándola.)
¿Por qué te habré conocido!
CAT. (Maravillada.)
No acierto...
CARLOS. ¡Aparta, mujer!
CAT. Señor, me llenais de dudas.—
No sé...
CARLOS. ¡Me habeis engañado!
CAT. ¡Dios del cielo!
CARLOS. ¿Qué os han dado,
ruin descendencia de Judas?
¡Regocíjate! La herida
es mortal.—¡Llama á Cisneros!—
¡Me habeis vendido!
CAT. ¡Venderos,
yo que os consagro la vida?
Yo que mi parte reclamo
en vuestro dolor sombrío?...
CARLOS. ¡Oh, calla, calla!
CAT. ¡Dios mio!
¡Yo venderos? ¡Yo, que os amo!
Pero ¿qué he dicho? ¡Delira
mi razon...
CARLOS. (Perdiendo las fuerzas.) ¡Oh, suerte aciaga!
Me está engañando y me halaga
en sus labios la mentira.
¡Qué dulcemente me hiere
su acento!...
(Desvanecido, sin ver ya á Catalina y como buscándola.)

¿Dónde estás? ¿Dónde?
(Cae desplomado en un sillon.)

CAT. (Fuera de si llamándole.)
¡Señor, señor! (Horrorizada.) ¡No responde!...
(Gritando desesperada.)
Favor! Su Alteza se muere!

ESCENA XIV.

DICHOS, CISNEROS, despues el CONDE DE LERMA, D. RODRIGO DE MENDOZA, caballeros, monteros de Espinosa y gentiles-hombres que acuden en ausilio del príncipe al fin del acto.

Socorro! Favor!

CISN. (Entrando.) ¿Qué es esto?

CAT. (Furiosa.) No te acerques! Te abomino.
Cuando mata un asesino...

CISN. (Aterrado.)
¡Hermana!

CAT. Abandona el puesto!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto anterior. En lugar del bufete, un mueble de la época, donde pueda descansar el príncipe D. Cárlos.

ESCENA PRIMERA.

CISNEROS, CATALINA.

CISN. ¡Llora! Si el llanto es la lluvia
del corazon que padece
y que sin este consuelo
se agosta, se seca y muere.
¡Ay! Á todo me resigno.
Pero, por Dios, no te empeñes
en continuar en palacio
por más tiempo. No es prudente.
¿Callas?... ¿Nada me contestas?
Ese silencio es mil veces
peor que el ánsia que estalla
con los gritos de la fiebre.

CAT. ¡Es verdad! ¿Por qué estoy muda?
¿Por qué el corazon doliente
para sentir sus pesares,
ni voz ni lágrimas tiene?
Quiero llorar, y no acierto.

Quiero gritar, y parece
que á mi garganta se enrosca
el dolor como una sierpe.

CISN. ¡Ten ánimo!

CAT. ¿Puedo acaso?
¡Desesperacion! Tú eres
implacable, misteriosa,
y muda como la muerte.

CISN. ¡Es imposible! Sería
un crímen si consintiese
por más tiempo, estas torturas
que nos matan lentamente.
El rey, viendo que su Alteza
ni hablarnos, ni vernos quiere,
para abandonar la córte
ya su permiso concede.
Vámonos hoy mismo! Hoy mismo!
(Observando la distraccion de su hermana.)
¡Triste de mí! ¿No me atiendes?
Óyeme, hermana.

CAT. ¿Qué dices?...
¡Ay Dios! Tormento como este!
Estás hablándome, escucho,
quiero enterarme y se pierden
tus palabras en mi oido
confusas é incoherentes.
La luz del sol con sus vivos
resplandores me entristece,
y por todas partes, sombras,
terribles sombras me envuelven.
¿Esto es vida? Si esto es vida,
¿qué pasa en la tumba?...

CISN. (Con honda amargura.) Dénme
los cielos valor y calma,
si mi culpa lo consiente.
Digo, Catalina, y quiero
que procures entenderme,
que hoy partiremos de España,
porque estoy, pese á quien pese,
resuelto á salir de aquí.

CAT. (Distraida.) ¿Pues me opongo acaso? Vete.

CISN. Pero contigo...

CAT. ¿Conmigo?
¡Ay, Alonso! No lo intentes.
Yo he de apurar gota á gota
mi dolor hasta las heces.

CISN. ¡Desdichada! ¿Qué consigues
con esto? Piénsalo. Desde
que el príncipe entró en sospechas,
nos odia, nos aborrece.
No ha permitido siquiera
que le veamos, ni esperes
que se ablande...

CAT. ¡Era tan justo
su rencor!... Aunque viviese
cien años, no olvidaría
aquel momento solemne.
—Porque me ama!... Estoy segura.
¡Ah, sí lo estoy!—Su rugiente
cólera fué como el rayo
que ilumina cuando hiere.
Sus quejas eran gemidos,
esos gemidos que suele
lanzar quebrantado el pecho
cuando un desengaño siente.
Y en mí fijaba sus ojos,
¡sus tristes ojos! Con ese
afan angustioso y blando
del que espera y del que teme.
¡Me ama! ¡Me ama! ¡Oh! ¿Quién diría
que mi corazon pudiese,
feliz y á la vez herido,
regocijarse y romperse?

CISN. Estás loca, Catalina,
loca estás; pues aunque fuesen
tus esperanzas fundadas,
¿de qué podrian valerte?
Quiero suponer que atinas;
mas ¿quién la distancia vence
que hay de tu orígen oscuro
al sucesor de cien reyes?
Porque imaginar que en mengua
de tu honor... ¡Eso me enciende
la sangre!...

CAT. Pura y honrada
viviré. Pero ¿no adviertes
que hay para las almas una
patria inmortal y celeste,
donde el amor que en la tierra
es imposible, florece?

CISN. Ademas, si es todo inútil.
Si por más que te rebeles,
la muerte, insaciable y fria
sobre el príncipe se cierne;
si están contadas sus horas,
si quizás ántes que llegue
el sol á su ocaso...

CAT. ¡Calla,
calla!...

CISN. Sus dolores cesen.

CAT. ¡Morir él!... ¿Esto es posible?
¿Es posible que no encuentre
la ciencia remedio alguno?

CISN. Ya lo ves...

CAT. (Desesperada.) ¡Ciencia impotente!
¡Ciencia engañosa! ¡Dios mio!
Si yo á su lado estuviese,
lucharía, hasta postrarla,
brazo á brazo con la muerte.
Fuerzas amor me daría...

CISN. Por Dios, no te desesperes.
Vamos á lejanas tierras
donde en ignorado albergue
el tiempo cure tu herida,
y yo del alma deseche
este horror... ¡Pero no es fácil,
no es fácil, no!... ¿Qué resuelves?
Decídete.

CAT. (Con ira.) ¿Yo? ¿Contigo
yo?

CISN. No comprendo...

CAT. ¿Yo verte
siempre á mi lado? No creo
que á tal pena me condenes.
Eso es dejar en la herida
el puñal, y complacerse

en ahondarle á todas horas.—
¡Siempre!

CISN. (Con el mayor abatimiento.)
¡Desdichado!

CAT. ¡Siempre!
¿Tú, el orígen de mis males!...

CISN. Pero ¿tanto me aborreces,
hermana?

CAT. Acaba de un golpe
conmigo y no me atormentes.

CISN. ¿Es decir, que estás resuelta?

CAT. Resuelta estoy.

CISN. ¿Que no vienes?

CAT. ¡No!

CISN. (Con decision.) Pues entonces, á gritos
diré que soy un hereje,
un luterano...

CAT. (Sobrecogida.) ¡Oh, qué espanto!
No sigas...

CISN. (Alzando la voz.) El descendiente
de Cárlos de Sesa...

CAT. ¡Basta!

CISN. Si prefiero que me tuesten
vivo, al tormento que paso
y á la angustia de perderte.
—Yo soy...—

CAT. (Interrumpiéndole.) Haré lo que quieras;
pero no grites...

CISN. Pues vente
conmigo.

CAT. ¡Sí! Sólo anhelo
verle...

CISN. (Resuelto.) Es inútil que ruegues.

CAT. (Suplicando.)
¡La última vez!... ¡Moriria
de pesar si no le viese!
De rodillas te lo pido.

CISN. ¡No quiero!

CAT. (Apoderándose por un movimiento rápido de la daga de su hermano, y amenazándose con ella.)
¿No? Pues ya puedes
gritar. ¡Grita! Pero muerta

me hallarán cuando se acerquen.

CISN. (Temeroso ante la firme resolucion de su hermana.)
Ah!... Dame la daga... Juro
que no pretendo oponerme...
—No le verás...—

CAT. (Con decision.) Eso corre
de mi cuenta.

CISN. ¿Me prometes
venir luégo...

CAT. Soy tu esclava.

CISN. Pues dame la daga, y quédate.
(Recobrando el arma.)
¡Si yo me atreviera!...

CAT. (Con efusion.) ¡Gracias
Alonso...

CISN. Volveré en breve.
¡Oh funesto amor!...

ESCENA II.

CATALINA.

Quería
arrancarme... ¡Qué crueles
son los hombres!... Pero ¿cómo
lograria yo?... Si abriesen
esa puerta...
(Acercándose á la primera de la izquierda.)
¡Maldecida
puerta, que me impides verle!—
Y pensar que allí, entregado
al dolor, tal vez perece!...
¡Si esto no es cierto! Olivares
se engaña... ¡Olivares miente!
¡Esos médicos no saben
lo que dicen!
(Poniéndose á escuchar.)
Si pudiese
alcanzar... ¡Nada!... El silencio
pavoroso de la muerte.
Sólo los sordos latidos

de mi corazon rebelde...
—Mas oigo pasos... se acercan...
hablan... ¿Quién será?
(Asustada.) ¡Valedme,
cielos! Si aquí me encontraran...
(Buscando donde ocultarse repara en los cortinajes de los balcones de la derecha, y corre apresuradamente á ocultarse detrás de uno de ellos.)
Ah!

ESCENA III.

D. CÁRLOS, apoyado penosamente en los brazos del CONDE DE LERMA y MENDOZA, CATALINA, oculta.

LERMA. Vuestra Alteza no debe
cansar sus fuerzas...

CARLOS. Me ahogaba
en ese cuarto... Mis sienes
se saltan... ¡Aquí respiro!

LERMA. (Ayudándole á sentar.)
Descansad. Estais muy débil
y quizás os perjudique....

CARLOS. ¡Nada hay ya que pueda hacerme
daño! ¡Mi vida se acaba!
Dios de mí se compadece.
Abrid, abrid los balcones,
y permitid que penetren
á darme la despedida
los rayos del sol poniente.
(Con melancolía.)
¡Cuántas locas esperanzas
y cuántos sueños alegres
han pasado ante mis ojos
como esa luz que se pierde!
(Mendoza descorre los cortinajes y deja descubierta á Catalina.)

MEND. (Sorprendido.)
¡Ah!

CARLOS. (Reparando en ella.) ¿Qué es eso? Catalina!
Tú aqui...

CAT. (Avergonzada.) Señor..
CARLOS. No te alejes.
Nada temas! ¡Ya ni aun tengo
fuerzas para aborrecerte!
Id, avisad á mi padre
y señor, y si merece
mi agonía este consuelo,
rogadle que venga á verme.
¡Pronto! Pronto!
MEND. Mas ya sabe
Vuestra Alteza...
LERMA. (Á Mendoza.) Es más urgente
de lo que pensais el caso.
MEND. Pero...
LERMA. ¿No veis que se muere?

ESCENA IV.

CÁRLOS, CATALINA, sumida en profundo desconsuelo.

CARLOS. ¡Ay! Ya lo ves, Catalina.
¡Ya lo ves! Mi desventura
á su término camina.
Como ese sol que declina
y se hunde en la noche oscura,
hácia la tumba cercana,
fin de la soberbia humana,
avanzo al medroso pie.
¡Pero el sol vendrá mañana
y yo nunca volveré!
¡Sombra, eternidad, misterio,
ya llegais!...
CAT. (Sollozando.) Aún Vuestra Alteza
romperá su cautiverio,
para aumentar la grandeza
de este dilatado imperio.
Os quedan altos deberes
que cumplir. ¡Gloria y placeres
os brinda el mundo!...
CARLOS. (Con amargura.) ¿Aún no estás
contenta? ¿Para qué quieres

que vuelva la vista atrás?
¡Grandeza, gloria mentida!
Quiso el cielo que naciera
en la cumbre esclarecida,
sin duda para que fuera
más ejemplar mi caida.
Pero á medida que crece
mi angustia mortal, despierto
al desengaño, y parece
que ante el sepulcro entreabierto
mi ambicion se desvanece.
De toda gloria alcanzada
¿qué le queda al hombre? Nada.
Sólo la tumba en que yace,
y esa la tiene ganada
sin luchar, desde que nace.
Ya no anhelo, ya no ansío,
ya en mi corazon no influye
el afan de poderío,
que pasa, se pierde y huye
como las ondas de un rio.
Y así como van al mar
en rauda y contínua guerra,
yo tambien iré á parar
á un breve espacio de tierra
que por fuerza me han de dar.
¡Muerte! Tu equidad alabo,
que en tu regazo profundo,
lo mismo pesan al cabo
las cenizas de un esclavo
que las de un dueño del mundo.

CAT. ¿Á qué, señor, esa queja
inútil, cuando despues?...

CARLOS. ¡No, no! La vida me deja.
La ambicion sólo se aleja
de los muertos. ¿No lo ves?
No me duele haber caido,
hoy que los vivos destellos
de la verdad me han herido.
Siento la traicion de aquellos
á quienes más he querido.
¿Á dónde podré volver

la vista que no halle dolo?
Ah! Triste cosa es perder
la vida engañado y solo...

CAT. ¿Hay más infeliz mujer?
Os oigo hablar y me agito
desesperada y sombría,
que si en mi afan infinito
gritara, mi ronco grito
los cielos traspasaría.
Me maltratais y os perdono.
Ni siquiera me defiendo.
¿Qué he de decir en mi abono,
si en vuestro terrible encono
ni aun veis que me estoy muriendo?
¿Qué puedo deciros? Nada.
¡Nada! Lloraré mi suerte...

CARLOS. ¡No, no! ¡Si quiero crëerte!
¿Cómo has de ser tan malvada
que te burles de la muerte?
La eternidad muda y fria
se levanta entre los dos.
¡No mientas!

CAT. Eso sería
querer engañar á Dios
y Dios me castigaría.

CARLOS. ¡Su santa bondad proclamo!
Sufro tormentos atroces.

CAT. ¿Las lágrimas que derramo
no están pregonando á voces
que os amo...

CARLOS. ¡Ay de mí!

CAT. ¡Que os amo!
¿Á qué ocultar mi pasion?
De mi propio pensamiento
se escapa esta confesion,
sin querer, como un lamento
del fondo del corazon.
Harto la tuve escondida
y ahogada... ¡Callar no puedo!

CARLOS. (Con inefable ternura.)
¡Oh dicha no merecida!
Sigue, sigue... ¡Tengo miedo

de que me falte la vida!
Tu amante voz me enagena
y en mis oidos resuena
con melancólico encanto...
CAT. ¡Ay, he guardado mi pena
tanto tiempo, tanto, tanto!...
Nunca la hubierais sabido
siendo feliz, que hice voto
de callar y le he cumplido.
¡Mi pecho se hubiera roto
sin exhalar un gemido!
No aspiraba á la ventura
de llegar á vuestra altura;
mil veces, y esto me aflige,
—¡ay, perdonad mi locura!—
gloria y grandeza maldije.
Mas ya puedo, sin temor,
dar rienda á mi desvarío.
¡Sois desgraciado, señor!
Sufris... ¿Quién vuestro dolor
puede disputarme? ¡Es mio!
¡Es mio!
CARLOS. (Con amargura.) ¡Oh, fortuna fiera!
Deslumbróme una quimera
y tras su engaño corrí,
sin sospechar que estuviera
tanto amor cerca de mí.
Y hoy que me despide el mundo,
hoy que me rindo al desmayo
mortal, eterno, profundo,
él es el único rayo
que ilumina al moribundo.
CAT. Tal vez de una triste historia
soy la víctima espiatoria...
—¿Qué os decia? No me acuerdo...
no sé... ¡Parece que pierdo
con el dolor la memoria!—
CARLOS. (Desvaneciéndose.)
¡Silencio! Ahí está la muerte...
se acerca...—¡No me da enojos
sino el temor de perderte!—
¡Ay, Catalina! Mis ojos

se nublan... ¡No alcanzo á verte!
La inmensidad me rodea...

CAT. (En el colmo de su desesperada angustia.)
¡Si no es posible que sea
verdad!

CARLOS. (Buscándola con la vista.)
¡No te apartes, no!

CAT. ¿Cómo pretendeis que os crea
si aún aliento y vivo yo?
¡Ay, mi razon se extravía!
(Llamándole con afan.)
¡Señor, señor!...

CARLOS. (Extraviado.) Es en vano
resistir. ¡Dios me la envía!
Tu mano...

CAT. Escuchad...

CARLOS. (Desfalleciendo.) ¡Tu mano
por vez postrera!...

CAT. (Estrechando la del principe con pasion, exclama horrorizada.)
¡Está fria!
¡Fria!... ¡Se muere!...

CARLOS. ¡Oh bondad
divina, á tí me encomiendo!

ESCENA V.

D. CÁRLOS en la agonía. FELIPE II, el CARDENAL ESPINOSA, el PRÍNCIPE DE ÉBOLI, el CONDE DE LERMA, MENDOZA, señores de la córte y CISNEROS.

CAT. (Corriendo al encuentro del rey con la mayor exaltacion.)
¡Ay, señor! Se está muriendo.

FELIPE. (Lanzándose hácia D. Cárlos. El Cardenal Espinosa y Éboli pretenden detenerle.)
¡Hijo!

CARLOS. ¿Quién es?...

FELIPE. (Ásperamente á los que le detienen.)
Apartad.

CARLOS. (Reconociéndole, tomando la mano del rey y lle-

vándola á sus labios.)
¡Padre! padre! Me cegó
la ambicion. ¡Dios me castiga!

FELIPE. (Enternecido extiende sus manos sobre la cabeza del príncipe.)
¡Muere en paz! Él te bendiga
como te bendigo yo.

CARLOS. (Espirando.)
¡Ya es hora!
(Todos rodean al príncipe ocultándole á la vista del público. El rey, profundamente conmovido, contempla el cadáver de D. Cárlos y parece orar. Catalina y Cisneros, al extremo opuesto de la escena, hablando en voz baja y contenida hasta el fin del acto.)

FELIPE. (Alzando los ojos al cielo y con voz entrecortada.)
¡Tú me le diste,
tú me le quitas!

CISN. (Sobrecogido de terror invencible.)
No acierto
á hablar...
(Á su hermana.) El príncipe ha muerto.

CAT. (Trastornada.)
Ah! Mientes! Mientes!

CISN. ¡No existe!
(Agarrándola violentamente del brazo.)
Vamos de aquí...

CAT. (Perdiendo el juicio.) ¡Dulce paz
del alma! ¡No me desdeña...
(Cada vez más extraviada.)
El tablado... el *Haz de leña*!...
(Á Cisneros, con acento breve y ahogado.)
¡Ah, verdugo! Aparta ese haz.

CISN. (Aterrado, sacudiéndola el brazo con frenética energía.)
¡Hermana!

CAT. (Sin conocerle.) ¿Tú eres mi hermano?
¡No, no eres tú!...

CISN. (Con desgarradora angustia, mirando á Catalina.
Estuve ciego.
¿Ya qué aguardo?
(Gritando con voz ronca y desesperada.)

¡Al fuego! Al fuego!

FELIPE. (Saliendo penosamente de su abatimiento.)
¿Quién turba...

CISN. ¡Soy luterano!

(Todos se vuelven á mirarle con horror, y cae el telon.)

FIN.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

DEUDAS DE LA HONRA............	Drama en tres actos y en verso.
NI TANTO NI TAN POCO...........	Comedia en tres actos y en verso.
QUIEN DEBE PAGA................	Comedia en tres actos y en verso.
JUSTICIA PROVIDENCIAL...........	Drama en tres actos y en verso.
¿QUIÉN ES EL AUTOR?............	Comedia en un acto y en verso.
¡COMO SE EMPEÑE UN MARIDO!.....	Comedia en un acto y en verso.
LA CUENTA DEL ZAPATERO........	Comedia en un acto y en verso.
HERIR EN LA SOMBRA [1]..........	Drama en tres actos y en verso.
LA JOTA ARAGONESA [1]............	Drama en tres actos y en verso.
EL LAUREL DE LA ZÚBIA [1].........	Drama en un acto y en verso.
EL HAZ DE LEÑA...............	Drama en cinco actos y en verso.

---

1 En colaboracion con D. Antonio Hurtado.

Precio: 8 *reales.*